



LADO
A
LADO

EDWARD T. WELCH

Libro de estudio

INTRODUCCIÓN.

LADO A LADO: NECESITADO Y NECESARIO

Este libro identifica las habilidades que necesitamos para ayudarnos unos a otros. Es para todos—amigos, padres, incluso vecinos. En el camino encontraremos que a Dios le agrada usar personas ordinarias, conversaciones ordinarias y amor sabio y extraordinario para hacer el trabajo pesado en Su reino.

La idea básica es que aquellos quienes ayudan mejor son aquellos quienes necesitan ayuda y dan ayuda. Una comunidad saludable depende de que todos nosotros seamos esos dos tipos de persona. Así que el libro está dividido en dos partes. La primera parte te guía a compartir tus cargas; la segunda parte te guía a sobrellevar las cargas de otros. *Todos necesitamos ayuda*—esto simplemente es parte de lo que significa ser humano.

La ayuda que necesitamos va más allá de cosas como pintar nuestra casa o encontrar un buen mecánico. Es mucho más profunda que eso. Necesitamos ayuda para nuestras *almas*, especialmente cuando estamos pasando por dificultades. La ayuda puede ser tan sencilla como conectarte con alguien que te comprenda o a alguien que sinceramente te diga, “Cuanto lo siento”. No fuimos diseñados para atravesar solos las situaciones difíciles.

Pero no es fácil pedir ayuda. Pasamos mucho tiempo escondiendo nuestra necesidad porque tenemos miedo de lo que las personas van a pensar. Hablando personalmente, la mayoría de los días estoy feliz de brindar ayuda y reacio a pedirla. Para mí, el estar necesitado es una señal de debilidad, y, si se me da la opción, prefiero parecer fuerte o al menos competente.

Aun así, la debilidad—o necesidad—es un recurso valioso en la comunidad de Dios. Jesús inauguró una nueva era en la que la debilidad es ahora la fuerza. Cualquier cosa que nos recuerde que somos dependientes de Dios y de otras personas es algo bueno. De otra manera, nos engañamos al pensar que somos autosuficientes, algo que seguramente viene seguido de la arrogancia. Necesitamos ayuda, y Dios nos ha dado Su Espíritu y nos ha dado los unos a los otros para proveerla.

Todos somos ayudantes—esto también es parte de ser humano. Un niño pequeño está más satisfecho cuando ayuda a sus padres a cocinar o limpiar. Ellos se deleitan en contribuir en el hogar. En esto, ellos ilustran cómo Dios ha dado dones a todas las personas “para provecho” (1 Corintios 12:7), y todos los dones son necesarios. No existe la persona innecesaria.

En realidad, ofrecemos ayuda tan frecuentemente que podría ser que ni siquiera estemos conscientes de ello. Escuchamos a un compañero de cuarto o un cónyuge sobre sus dificultades en el trabajo, compadecemos a un amigo quien está lleno de temores, damos consejo al miembro de nuestro pequeño grupo de estudio quien está pasando por una relación difícil, preguntamos cómo podemos orar. Fuimos hechos para vivir de esa manera. Fuimos hechos para caminar lado a lado, un cuerpo interdependiente de personas débiles. Dios se complace en hacernos crecer y

cambiarnos por medio de la ayuda de personas quienes han sido recreadas en Cristo y capacitadas por el Espíritu. Así es como funciona la vida en la iglesia.

Y aun así llega el miedo. Tenemos miedo a saltar hacia las complejidades de la vida de una persona. ¿Quiénes somos para ayudar a alguien más? Tenemos problemas al por mayor. Nuestro pasado hace del presente un desorden. El pecado siempre amenaza con alcanzarnos. ¿Y quién no tiene un desorden psicológico? Nos sentimos destrozados y tememos que solo vamos a hacer las cosas peor para los demás. Nos sentimos incompetentes.

En nuestra era consultamos expertos, profesionales y especialistas, pero cuando observas tu propia historia de cómo has sido ayudado, probablemente te darás cuenta que son muy pocos los expertos que te han ayudado. ¿Quiénes fueron tu ayuda? ¿Eran consejeros profesionales o especialistas? Probablemente no. Más frecuentemente, ellos eran amigos, las personas habituales cotidianas en tu vida. Los amigos son la mejor ayuda. Ellos vienen preempacados con compasión y amor. Todo lo que ellos necesitan es sabiduría, y está disponible para todos. Es el sistema perfecto. Si Dios usara únicamente expertos y personas de renombre, algunos podrían jactarse de su propia sabiduría, pero la forma en que Dios hace las cosas no es igual a la nuestra. A nosotros, las personas ordinarias, se nos ha dado el poder y sabiduría a través del Espíritu Santo y somos llamados a amar a otros (Juan 13:34). Desde el principio, somos obligados a acercarnos a otros y no apartarnos.

Así que estoy escribiendo para personas como yo, quienes están dispuestas a acercarse a otras personas que están en dificultades, pero no están seguros de poder decir o hacer algo muy útil. Si te sientes bastante débil y ordinario, si te sientes como un desastre, pero tienes el Espíritu, tienes las credenciales correctas. Tú eres una de las personas ordinarias que Dios usa para ayudar a otros. Durante el proceso de aprender esto, estar en necesidad y ser necesarios, Jesús estará presente. Él fue débil antes que nosotros lo fuéramos; Él fue dependiente de Su padre y dependiente incluso de simples seres humanos. Él también vino a servir en lugar de ser servido, y Él lo hizo lado a lado. En la medida que seamos capaces, hagamos esto unos con otros.

PARTE 1.

ESTAMOS NECESITADOS

Tu necesidad te califica para ayudar a otros. Tu necesidad, ofrecida adecuadamente a alguien más, incluso puede ser uno de los grandes dones que des a tu iglesia. Inspirarás a otros a pedir ayuda.

Recuerda algún momento cuando estabas en un grupo y alguien habló abiertamente de una lucha en la vida diaria. ¿Qué sucedió? En la mayoría de los casos, el grupo de pronto llegó a ser más como una familia. Otras personas abrieron sus vidas, y las oraciones del grupo se asemejaron más a los Salmos. Cuando algo como esto sucede, queda descubierto ese mito de que todos tenemos resuelta nuestra vida, y comenzamos a compartir nuestras cargas unos con otros, justo de la manera en que Dios lo desea.

Pasamos demasiado tiempo ocultando nuestra necesidad. Necesitamos dejar de esconderla. El estar necesitados es nuestra condición básica. No hay vergüenza en ello, simplemente así es. Comprender esto, aceptarlo y practicarlo te hará un mejor ayudador. Esta parte del libro comienza con un simple bosquejo de quienes somos. Desde allí, te ayudará a entender, admitir y practicar tu propia necesidad.

ÍNDICE DE SECCIÓN

Estamos necesitados:

1. La vida es difícil.
2. Nuestros corazones están ocupados.
3. El encuentro de circunstancias difíciles con corazones ocupados.
4. El pecado pesa mucho.
5. Pide ayuda al Señor Pide ayuda a los demás.

UNO

LA VIDA ES DIFÍCIL.

La vida es demasiado difícil como para manejarla sin ayuda. La vida también es buena, pero es difícil. No hay un solo día en que no nos enfrentemos a circunstancias difíciles.

El admitir eso no es quejarse. Simplemente es verdad. Jesús dijo, “En el mundo tendréis aflicción” (Juan 16:33) y, si nos detenemos a pensar en esas tribulaciones, nos damos cuenta que son interminables: nuestra salud, incógnitas financieras y laborales, violencia local, promesas rotas, demasiadas cosas que hacer, la salud de nuestra familia, discriminación e injusticia, terrorismo internacional, conflictos con amigos, fallas mecánicas, etc.

¿Por qué nos tomamos la molestia de identificar tales dificultades? Lo hacemos porque los seres humanos prosperan cuando llevan sus dificultades públicamente a Dios y al menos a una persona más. Cuando observamos los salmos, descubrimos que este es el deseo de Dios para nosotros.

A ti, oh Jehová, clamaré, Y al Señor suplicaré.

Salmo 30:8

A través de salmos como este, el Señor esencialmente nos dice, “Ven a mí con tus dificultades. Eso es lo que los hijos hacen con su Padre”. Las cosas difíciles de la vida son importantes para Dios, y si son importantes para Dios, son importantes para nosotros y vamos a trabajar en hacerlas audibles.

La vida organizada

¿Dónde comenzamos? Ya que hay tanto, pudiera ayudar el organizar las circunstancias de nuestras vidas. La Figura 1, mostrada abajo, es una manera de hacer esto. Organiza aquellas circunstancias, buenas y difíciles, en una serie de círculos concéntricos. Imagina una radiografía de nosotros y del mundo a nuestro alrededor. El corazón y el primer círculo (nuestro cuerpo) nos representa; los círculos concéntricos adicionales son las circunstancias que nos rodean. Son el mundo en el que vivimos.



Figura 1. Una radiografía bíblica de una persona y el mundo que la rodea

Considera primero algunas circunstancias que moldean nuestras vidas. (Trataremos con el corazón en el siguiente capítulo).

Nuestro cuerpo

Nuestro cuerpo es una parte integral de nosotros, pero también es un tipo de circunstancia que nos afecta. Nos bendice con salud, y nos trae dificultades tales como molestias y dolores diarios, falta de sueño, dolores de cabeza y un sinnúmero de diagnósticos médicos. El cuerpo, incluyendo el cerebro, contribuye a trastornos psiquiátricos. Si estás experimentando manía, ciertas características de depresión o déficit de atención—la lista puede ser larga—esto podría significar que te llegarán algunos problemas físicos.

Nuestras Relaciones

Las relaciones son en donde encontramos lo mejor y lo peor de la vida. En ellas está el placer de las relaciones crecientes y pacíficas, y aquí es donde se pierde la esperanza y se pierde el amor. Aquí es donde experimentamos soledad, victimización y rechazo. Sea que nos guste o no, necesitamos a las personas, pero ellas pueden hacer la vida difícil.

Nuestro Trabajo

El trabajo incluye el empleo que tenemos o nos gustaría tener, la futilidad de alguna tarea y el dinero que ganamos. El dinero, en particular, puede tener una influencia significativa en nuestras vidas. Tanto la pobreza como la riqueza nos dejan vulnerables. La pobreza sugiere que Dios no está con nosotros, así que confiamos en nosotros mismos, y las riquezas sugieren que tenemos lo que necesitamos, así que confiamos en nuestro dinero. El trabajo y el dinero moldean nuestras vidas más de lo que nos damos cuenta.

Seres Espirituales y el Mundo

Los seres espirituales están tras bambalinas, pero tienen gran efecto. Los ángeles nos protegen, mientras seres espirituales confabulados con Satanás se oponen a nosotros. Estos seres espirituales tienen el poder de afligirnos físicamente, como lo vemos con Job. Pero sus principales armas son mentiras, medias verdades y tentaciones, tácticas que son mucho más poderosas que cualquier aflicción física.

El mundo está incluido entre estas influencias. La Escritura utiliza la palabra mundo en dos formas diferentes. Algunas veces mundo quiere decir la creación habitada, en otras palabras, nuestra tierra. Otras veces, y la forma en la que la estoy utilizando aquí, se refiere a Satanás y aquellos quienes están a la par con él y en contra de las formas de Dios. Juntos crean un coro de voces que silenciosa pero poderosamente hablan en contra del carácter de Dios y anuncian que no hay nada malo en el pecado. Puedes escuchar al mundo especialmente en lo que nuestra cultura dice del libertinaje sexual. Esto quiere decir que nosotros somos, en efecto, personas vulnerables que necesitan el poder y protección de Dios (por ej., Efesios 6:10–12).

El Dios Trino y Su Reino

El círculo que envuelve todo es Dios mismo. Vivimos, en todas las maneras y en todo momento, delante de Dios—Padre, Hijo y Espíritu—y en Su mundo (Hechos 17:28). Dios está sobre todas las cosas y rodea todas nuestras circunstancias. Él es soberano y está activo, nunca duerme. Dios está en los detalles de la vida diaria; Él está en los amplios trazos de la historia, al ir moviendo todas las cosas hacia un clímax final, y lo necesitamos para poder tener “vida, y para... [tenerla] en abundancia” (Juan 10:10). En ninguna manera es Dios tan solo un observador distante, contemplando silenciosamente nuestros problemas—aun cuando fácilmente pudiéramos pensar tales cosas. En cambio, Él creó todas las cosas, por lo que le pertenecen.

Pudiéramos agregar más círculos. El trasfondo étnico y religioso es la circunstancia más importante de la vida para muchas personas. También pudiéramos agregar nuestro entorno geográfico y político, pero los ejemplos anteriores son una buena forma de comenzar. La vida incluye tantas influencias y dificultades, y Dios tiene planes para cada una de ellas.

Piensa en lo que escribirías en esos círculos. ¿Qué viene a tu mente? ¿Qué es bueno, y especialmente, qué es difícil?

Nuestra tarea por ahora es reconocer algunos datos específicos de la fragilidad e incertidumbre de nuestras vidas y las circunstancias difíciles que enfrentamos, para entonces hablar honestamente desde nuestro corazón. No tenemos que agregar peticiones. Solo hablar.

Discusión y Respuesta

- 1) Existen muchas cosas difíciles viniendo hacia ti. ¿Cuáles son las tres principales? También pudieras tomar una de cada una de las categorías que nos rodean a cada uno de nosotros.
- 2) Toma tiempo para hablar tus cosas difíciles con el Señor—Él escucha.
- 3) ¿De qué manera sueles responder a las dificultades? ¿te aíslas, buscas ayuda, oras, ¿o intentas resolver todo tú solo?
- 4) ¿Qué diferencia haría en tu día a día el recordar que Dios está presente en cada una de tus circunstancias?
- 5) ¿Hay alguna relación o área de tu vida que estás evitando llevar a Dios? ¿Qué te impide hacerlo?
- 6) ¿Cómo podrías ayudar a alguien más a traer sus dificultades delante de Dios, de una forma práctica y compasiva?

DOS

NUESTROS CORAZONES ESTÁN OCUPADOS.

Las circunstancias de la vida son fáciles de entender, pero es en el centro de estas—en nuestros corazones—donde las cosas se vuelven complicadas. Nuestros corazones están siempre rebosantes de actividad. Ellos guían nuestros pensamientos y acciones al interactuar con todas nuestras circunstancias: nuestro cuerpo, nuestras relaciones, nuestro trabajo, seres espirituales, el mundo y Dios. Aquí en el corazón es donde encontramos la esencia misma de quienes somos. Nuestros corazones son vistos más fácilmente a través de nuestras emociones, pero también se reflejan en lo bueno—y lo malo—que hacemos. Y nuestra conexión con Dios reside aquí. Sí, nuestros corazones están ocupados.

Ya que la Escritura misma está tan interesada en nuestros corazones, esta utiliza un vocabulario rico y variado para identificar este centro de control de la vida. Espíritu, alma, corazón, mente, persona interior y consciencia son los términos más familiares. Cada una de esas palabras tiene un énfasis particular, pero tienen una cosa en común. Todas identifican nuestro centro espiritual, es decir, cómo estamos conectados con Dios, en todo tiempo, sea que lo sepamos o no.

Es difícil imaginar algo que no puedes ver, tal como el corazón, pero la Escritura provee imágenes y analogías tales como una fuente, un pozo, un árbol y un cofre de tesoro.¹

Una fuente es el origen real de los arroyos más visibles (Proverbios 4:23) y un pozo tiene profundidades que deben ser exploradas (Proverbios 20:5). Estos pueden dar tanto agua fétida como agua viva (Juan 7:38). Un árbol tiene raíces que buscan una fuente de vida (Jeremías 17:5– 8). O esas raíces encuentran su descanso en otras personas, algo que la Escritura asemeja a un arbusto marchito en el desierto, o se sacian solamente en el Señor, en cuyo caso permanecerán durante los tiempos más difíciles. Un cofre del tesoro es donde ponemos nuestros objetos de valor (Mateo 6:19–21). Esto es lo que amamos verdaderamente. Algunos tesoros son propensos a oxidarse y corromperse—podemos estar seguros que un tesoro así estará acompañado por el temor. Si nuestro tesoro es guardado en Jesús, entonces estará seguro.

Estas imágenes capturan cómo nuestros corazones trabajan tras bambalinas, silenciosamente determinando el curso de nuestras vidas, y tienen mucho más que ver con Dios de lo que pudiéramos darnos cuenta. Ellos (nuestros corazones) pueden también ser traídos a la luz y examinados. Una forma de hacer esto es seguir nuestras emociones.

Las emociones vienen del corazón

Nuestras emociones son nuestra primera respuesta al mundo que nos rodea. Aparecen sin ningún pensamiento aparente. Sin embargo, son mucho más que meras reacciones, ya que dicen más de nosotros que lo que dicen sobre nuestras circunstancias. Nuestras emociones revelan lo que es más estimado para nosotros (ej., Salmo 25:17; 45:1). Es por eso que nuestras emociones nos identifican. Ellas son nosotros. Reconocemos a nuestros amigos por sus pasiones y respuestas emocionales. Cuando las emociones de nuestros amigos están trastornadas por una lesión en la cabeza o intensificadas por los efectos secundarios de un medicamento, decimos que no son ellos mismos. Nuestras emociones nos señalan hacia aquellas cosas que son más importantes para nosotros.

Cuando estamos contentos, poseemos algo que amamos; cuando estamos ansiosos, algo que amamos está en riesgo; cuando estamos abatidos, algo que amamos ha sido perdido; cuando estamos enojados, algo que amamos está siendo robado o alejado de nosotros.

Observa la culpa y vergüenza. Podemos decir que no revelan lo que amamos, pero ciertamente revelan aquello que es estimado para nosotros. Cuando sentimos vergüenza, sentimos como si alguien hubiera quitado nuestra cubierta humana y nos hubiera dejado desnudos. Nos separa de las relaciones, relaciones que son estimadas para nosotros. Cuando somos culpables, sentimos como si nuestra relación con Dios esta potencialmente en riesgo, y esta relación es un asunto de vida o muerte.

¿Qué es lo más importante para nosotros? ¿Qué es lo que amamos? ¿Qué es más estimado para nosotros? ² No deberíamos sorprendernos de que estas preguntas lleguen hasta el centro de nuestro ser. Ellas también señalan hacia donde nos dirigimos. Todos los caminos eventualmente llevan a nuestra relación con Dios. ¿Amamos lo que Él ama? ¿Es Él lo más estimado para nosotros?

Así que, busca esos fuertes sentimientos, primero en ti y después en otros. ¿Qué circunstancias te emocionan? ¿Qué disfrutas? ¿Qué te provoca pesar? Observa a tus amigos iluminarse cuando hablan de un hijo, cónyuge, grupo musical, Jesús, trabajo o un deporte. Los escucharemos detenerse cuando tocan un tema de algo que es especialmente difícil, como si de pronto cargaran un peso. Pudiéramos observar un destello de enojo: “Yo nunca voy a ser como mi padre”. Si confían en nosotros, pudiéramos escuchar de temores, dolor oculto, y vergüenza, asuntos que preferiríamos mantener en privado.

Pudiéramos resumir nuestras emociones de la siguiente manera: estas usualmente proceden de nuestros corazones, se les da forma mediante nuestros cuerpos, reflejan la calidad de nuestras relaciones, reflejan ambas caras del trabajo: tanto lo bueno como lo vano, proveen un vistazo de los resultados que obtenemos en la batalla espiritual e identifican lo que realmente creemos de Dios.

Una aclaración: Podríamos decir que las emociones usualmente reflejan lo que está sucediendo en nuestros corazones. Ocasionalmente, ya que a las emociones se les da forma en

nuestros cuerpos, las emociones pueden ser asaltos impredecibles que vienen de cuerpos desordenados y mentes indisciplinadas.

La depresión, por ejemplo, pudiera decir que algo amado está ahora perdido, la vida ha perdido significado y propósito, o algo deseado nunca va a ser poseído. Pero la depresión también pudiera decir, “Algo no está bien con mi cuerpo o mente”.

En otras palabras, las emociones fuertes son un tiempo para preguntar, “¿Qué es lo que está realmente diciendo mi corazón? ¿Para qué vivo que no poseo?”. Pero pudiéramos no recibir respuestas claras a esas preguntas. Algunas veces la depresión es simplemente sufrimiento físico. Nos dice, “Siento como si estuviera adormecido por dentro”. En todo caso, y esto es importante, las emociones difíciles son siempre un tiempo para buscar ayuda y orar buscando resistir en la fe. Una persona deprimida está sufriendo y el sufrimiento nos deja espiritualmente vulnerables. Plantea preguntas sobre la bondad y cuidado de Dios y susurra que debemos haber hecho algo malo para merecer tal sufrimiento. El sufrimiento emocional necesita apoyo espiritual.

El bien proviene del corazón

Ahora, profundicemos un poco más. Nuestras emociones pueden estar en la superficie y ser obvias para nosotros. Pero en lo más profundo está todo lo que pudiéramos llamar “bueno”.

Esto bueno, como nuestras emociones, aun expresa lo que amamos y deseamos. Pero nos señala, aún más claramente a Dios. Por ejemplo, los padres aman a sus hijos. Ese amor, lo sepan los padres o no, refleja el amor de Dios para Sus hijos, y es bueno. Hay bondad en cada ser humano. Incluso el flagrante narcisista tiene un lado más suave y bueno si miramos lo suficientemente cerca. Ya que Dios nos creó, y las cosas creadas siempre llevan alguna cualidad de su creador, somos capaces de ver cosas buenas los unos en los otros. Viene de muchas maneras:

Cuando la bondad es nuestra respuesta a Jesús, cuando hacemos el bien por Él, también puede ser llamado “obediencia”, “fe” o una “expresión de nuestro amor hacia Dios”. Esta bondad es especialmente hermosa cuando las dificultades parecen llover sobre nosotros, y, en respuesta, nos volvemos hacia el Señor en lugar de alejarnos de Él. La bondad brilla más en la debilidad. Esta es la esencia de la fe, y es digna de admiración. Cualquier cosa que hagamos por Jesús, amor, trabajo, soportar, esperar, es muy buena.

Observar la bondad de Dios en otros es importante en la manera en que ayudamos, y debemos regresar a ella una y otra vez. La ayuda incluye ver lo que es bueno en otra persona.

Lo malo viene del corazón

No todo está bien claro está. Nuestros corazones pueden ser buenos, pero también pueden ser muy malos. Ellos son ambas cosas al mismo tiempo. Aunque preferimos mantener esta realidad en secreto, hay poco desacuerdo sobre la maldad que reside en cada corazón. Todos sabemos qué

hacemos mal. Nos amamos a nosotros más de lo que amamos a los demás. El egoísmo y el orgullo son parte de nuestra vida diaria:

Si bien todos reconocemos la maldad dentro de nosotros, estamos menos dispuestos a reconocerla como pecado. Pecado quiere decir que nuestra maldad es principalmente dirigida contra Dios, y la mayoría de las personas no están conscientemente agitando su puño contra Él. Ni siquiera pensamos en Él. Así que, ¿cómo es que el mal comportamiento puede ser pecado?

Aquí es donde las cosas se ponen turbias, necesitamos la luz que las Escrituras brindan. Aun cuando vivimos delante de Dios, no siempre estamos conscientes de Dios. Cuando un adolescente no cumple la indicación de un padre, no siempre lo siente como un acto de rebelión contra el padre. A menudo parece algo más sencillo—el adolescente solo quiere hacer lo que él o ella quiere hacer. La desobediencia no es “nada personal”, pero sí que es personal. Lo mismo es verdad para nosotros. Cuando pecamos, es contra Dios, aun cuando no se sienta de esa manera.

Luego está el mal comportamiento más consciente. Un hombre tenía que escoger entre la cocaína y su esposa: “Era claro para mí que no había opción. Amo a mi esposa, pero no voy a escoger nada por encima de la cocaína”.³

Aquí está el corazón en acción. Ese hombre ama su deseo más que a su esposa. Eso está claro. Tú lo sabes, él lo sabe, y está mal. Ahora mira un poco más lejos y descubrirás que él ama sus deseos por encima del Señor—él está comprometido a administrar su vida en lugar de someterla al Señor. Él no estará consciente de ello, pero pueda que lo reconozca al escucharlo.

Somos, en efecto, personas necesitadas.



Figura 2

Las lealtades espirituales provienen del corazón

En el mismo centro de nuestros corazones esta nuestra conexión a Dios. Aquí están las raíces del árbol, el manantial al fondo del pozo. Sea que lo conozcamos o no, somos religiosos de principio a fin.

A eso que está ocurriendo dentro de nuestros corazones lo podríamos llamar “adoración”. Aquel a quien amamos por sobre todas las cosas es aquel a quien adoramos, y aquel a quien adoramos nos controla.

Sea que nos percatemos de ello o no, nuestros corazones conocen mucho sobre el Dios verdadero, y fijamos una postura a favor o en contra de Él. Ese conocimiento no es siempre notorio para nosotros, pero allí está. Es como si retuviéramos alguna vaga conciencia de los cantos de amor que Dios nos cantaba antes de que tomáramos nuestro propio camino, y cuando los volvemos a escuchar, evocan algo hermoso y familiar. Él es nuestro Padre; somos Sus hijos. Vivimos coram Deo, delante del rostro de Dios. No existe la independencia. Incluso si huimos, Él es nuestro Padre. Incluso si buscamos emancipación legal, no podemos escapar.

A continuación, algunas pocas maneras en las que sabemos esto:

Lo que confunde todo es que el pecado de otros, las mentiras del malvado, y nuestros propios pecados pueden distorsionar este conocimiento.

Las personas temerosas conocen a Dios, pero ellas ven primero las máscaras de aquellos quienes los han lastimado. Aquellos que se sienten culpables pudieran asumir que Dios es como un simple ser humano que perdona parcial y condicionalmente.

Quienes odian a otros han ignorado la verdad de que Dios extiende Su amor incluso a los enemigos.

Aquellos que siempre quieren más de la vida conocen a Dios, pero creen la mentira de que existe la satisfacción fuera de Dios.

Entretejido con el conocimiento del Dios verdadero encontramos nuestras mentiras y aquellas que escuchamos de los demás. El resultado es que nadie tiene un conocimiento completamente libre y preciso del Señor. Nadie. Nuestros mitos son revelados en nuestros temores, pasados, emociones perturbadas y pecados.

Debido a esta condición de la humanidad, un conocimiento preciso de Dios es la cosa más importante—la cosa más saludable y productora de gozo—que pudiéramos tener. Y eso es exactamente lo que nuestro Padre se deleita en darnos.

Observa como el apóstol Pablo ora por nosotros:

No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él (Efesios. 1:16–17; vea también 3:14–19).

Pablo comprende que la necesidad más profunda de nuestros corazones es Dios, conocerlo profundamente y seguirlo. Esto quiere decir que, si queremos ser ayudados y ayudar a otros, siempre debemos aspirar a esto. Y ya que Jesús mismo es nuestra imagen completa de Dios, siempre debemos buscarlo. De alguna manera, al crecer en nuestro conocimiento y adoración a Jesús, Él alienta lo bueno, rehabilita lo malo y trae paz al corazón atribulado. Él es la Fuente de toda sabiduría, amor y esperanza. Sea o no que mencionemos el nombre de Jesús a un amigo necesitado, siempre señalamos hacia Él. Entonces, con un conocimiento creciente de Jesús en nuestras manos, respondemos creyendo y le seguimos. El corazón está ocupado. Es nuestro centro espiritual. La evidencia de su actividad puede ser vista día a día en la mezcla humana de bondad, maldad, miedos, frustraciones, gozos y pesares. Si sigues su pista, llegarás al mismo centro del corazón a encontrarte cara a cara con el Dios verdadero y el estado de tu relación con Él. ¿Estamos intentando crear una existencia por nosotros mismos en el desierto, o estamos activamente conduciendo nuestras raíces hacia el agua?

Discusión y Respuesta

- 1) ¿Puedes describir el corazón en unas pocas oraciones?
- 2) Da algunos ejemplos de cómo tus sentimientos están vinculados a lo que está sucediendo en tu relación con Dios.
- 3) ¿Qué emociones han dominado tu corazón recientemente? ¿Qué revelan esas emociones sobre lo que más amas o valoras?
- 4) ¿Cómo se reflejan tus emociones en tus relaciones con los demás? ¿Te acercan o te alejan de ellos?

TRES

EL ENCUENTRO DE CIRCUNSTANCIAS DIFÍCILES CON CORAZONES OCUPADOS.

Siempre habrá circunstancias preocupantes. La vida es difícil. Cuando nuestro corazón se encuentra con las circunstancias difíciles, estalla una conversación entre ambos—de ambas vías—y la conversación puede ser sabia y llena de esperanza, o puede ser insensatez disfrazada de sabiduría.

La conversación comienza

Por lo regular, nuestros problemas comienzan la conversación interna:

“Esto es doloroso. ¿Por qué está sucediendo?”

Y entonces viene el caos. Los seres espirituales susurran:

“¿Le interesas a Dios? ¿Puede confiarse en Sus palabras?”

Nuestros corazones pueden someterse a esas preguntas, y nosotros podemos adoptarlas como nuestras:

“Tal vez a Él no le interese. Un buen padre, ¿no protegería a Sus hijos de estas cosas?”

Mientras tanto, Dios también habla.

Pudiéramos resumir Sus palabras de la siguiente manera: “Mira a Jesús, crucificado y resucitado de los muertos. Aquel que fue crucificado y sufrió, Él es la evidencia del amor infalible en medio de la aflicción. El sufrimiento genera muchas dudas y para la mayoría de ellas tendrás que confiar en mí, que mi amor es más sofisticado de lo que crees”.

Nuestra tarea es escuchar la voz de Dios, creer Sus palabras, y seguir a Jesús aun cuando la vida sea difícil.

Una y otra vez los problemas vienen a nosotros y nosotros respondemos. El diablo cuestiona nuestras respuestas; nosotros respondemos. La Palabra de Dios en Cristo Jesús nos relata la Verdadera historia sobre nuestro sufrimiento y habla de esperanza; nosotros respondemos. Y la conversación continúa.

¿Quién gana? ¿Quién tendrá la última palabra?

Mientras tanto, la conversación cambia verdaderamente la experiencia del sufrimiento. Por ejemplo, si respondemos con, “Nada tiene sentido y a Dios no le importa”, nuestro dolor será peor. Si respondemos con, “No entiendo esto, pero sé que mi Padre me ama y confío en Él”, viviremos con propósito, esperanza y perseverancia. Si recordamos las promesas de Dios en nuestras pruebas y nos volvemos a Él, los problemas pueden hacerse ligeros y momentáneos (2 Corintios 4:17) cuando son comparados a las riquezas que tenemos en Él.

Es en este ir y venir que necesitamos ayuda. Incluso aquellos que parecen fuertes en la fe pueden tambalearse por el sufrimiento que amenaza las cosas que más aman.

Algunas conversaciones son mejores que otras

Hay algunas conversaciones en las que el corazón no quiere ayuda. Ya hemos tenido suficiente, somos inflexibles y ninguna palabra de Dios o de otras personas nos va a influenciar. Aquí hay un ejemplo:

“Dios, tú no tienes corazón”. Él era silencioso y temeroso de Dios. Algunos lo consideraban tímido. Rara vez los vecinos lo escuchaban hablar, aun así, dirían que era un buen vecino.

Cuando fue expulsado de su hogar y reubicado en un gueto húngaro, él era la misma vieja persona, como si nada hubiera cambiado. Pero cuando fue llevado en un camión que era demasiado pequeño para la docena de personas que llevaba, cuando el viaje iba en su segundo y después tercer día sin agua, cuando los guardias abrían las puertas cada pocas horas y al azar golpeaban con las culatas de sus rifles las débiles cabezas, y cuando morían personas a su alrededor, su corazón finalmente respondió.

Sus circunstancias dominaban la batalla interna.

“Dios todo poderoso, ¿por qué nos has hecho esto a nosotros? ¿No tienes corazón, no tienes sentimientos? ¿No tienes ojos para ver? ¿No tienes oídos para escucharnos? Eres malvado, Oh Señor, tan malvado como el hombre.”⁴

Ese fue el final de su conversación. Él acusó a Dios y sintió que no había nada más que decir. En lugar de pedir prestadas las palabras de los salmos de David, el respondió con su propio antisalmo, y se aferraba a ello.

Aquí hay una mejor alternativa:

“Nada ha cambiado”. Un padre de cuatro hijos, de cincuenta y cuatro años de edad, tenía una larga historia de caminar con Jesús. Una de sus rutinas era leer un salmo cada día, y el Salmo 22 era uno de sus favoritos. Debido a que él había hecho esto por décadas, estaba acostumbrado a hablar honestamente con el Señor en cualquier circunstancia, y él, también, podía resumir sus reacciones en unas pocas palabras.

Durante un examen de rutina, su doctor notó una lesión muy irregular en su hombro, a la cual efectuó una biopsia y envió a un laboratorio de patología para hacer algunas pruebas. El resultado estaría listo en diez días. El doctor estaba claramente preocupado y sugirió que el paciente regresara a la oficina para tratar los resultados y considerar cuáles tratamientos pudieran ser de ayuda.

Diez días después acudió al médico acompañado de su esposa. El doctor fue directo al grano.

“Tengo malas noticias. La lesión es cancerosa”.

“¿Qué quiere decir esto? ¿Cuál es el tratamiento y pronóstico?”

“Es un melanoma maligno—uno de los cánceres más agresivos. En este momento, los únicos tratamientos que tenemos son experimentales y no han mostrado gran éxito”.

“¿Y el pronóstico?”

“Lo siento mucho. Por lo general la esperanza de vida es de entre nueve y doce meses”.

Agradeció al médico por ser claro, directo e intentar ayudar.

Agendaron una cita de seguimiento para hablar sobre los tratamientos experimentales. Él y su esposa dejaron la oficina y lloraron juntos.

Sus primeras palabras fueron, “Nada ha cambiado”.

A la vista de las peores circunstancias posibles para él y su familia, él dijo, “Nada ha cambiado”. Su corazón y su claro conocimiento de Jesús tomaron el control de la conversación interna y esencialmente dijeron esto: “Si tú crees que las noticias de mi muerte van a cambiar mi confianza en el amor de Dios hacia mí, no lo harán. Su Hijo dio Su vida por mí. ¿Por qué pensaría que Él me ama menos ahora? Él me amaba ayer cuando todo parecía ir bien. Nada ha cambiado—Él me ama también hoy”.

Esa fue la palabra final. Había tanto que hacer y habría muchas lágrimas adelante. En efecto, pidió oración de su familia y amigos, por fe, por esperanza, por amor, pero jamás reconsideró esa conversación inicial, aun cuando murió, rodeado por su familia un año más tarde.

Aquí está el mejor ejemplo: “¿Por qué me has desamparado?”. Jesús ha ido delante de nosotros y nos muestra cómo responder a las dificultades, cómo tener la conversación del corazón con Dios. Así es como Jesús respondió a Su sufrimiento:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor? Dios mío, clamo de día, y no respondes; Y de noche, y no hay para mí reposo Salmo 22:1-2

Llantos honestos, abiertos al Padre—esa fue su forma de responder a las dificultades. Comienza con preguntas. ¿Por qué está sucediendo esto? ¿Por qué estás tan lejos? ¿Por qué no respondes?

Las palabras de Jesús, en medio de su desesperación, parecen impactantes, sin embargo, Él autoriza el uso de estas mismas palabras en nuestras dificultades. Lo que es especialmente

importante es que no se está quejando o desafiando a Dios. No, Él está clamando y dirigiendo Sus palabras al Dios que hace promesas y cumple promesas; quien realmente escucha. Hacer esto es más difícil de lo que parece, dada nuestra tendencia de interiorizar nuestro dolor. Ya que no tiene sentido que Su Padre estuviera en silencio y distante, Él continúa:

Pero tú eres santo, Tú que habitas entre las alabanzas de Israel. En ti esperaron nuestros padres; Esperaron, y tú los libraste. Clamaron a ti, y fueron librados; Confiaron en ti, y no fueron avergonzados (v. 3-5).

Su clamor al Padre va en muchas direcciones. Él alaba al Padre y habla de tiempos de desesperación en el pasado de Israel, cuando Dios los rescató y los liberó. Jesús lucha las batallas espirituales siempre dirigiendo la conversación hacia las fiables y comprobadas palabras y a los actos de Su Padre. No hay caos aquí, la voz del Padre tiene autoridad clara sobre todas las otras.

Pero tú eres el que me sacó del vientre; El que me hizo estar confiado desde que estaba a los pechos de mi madre. Sobre ti fui echado desde antes de nacer; Desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios. (v. 9-10)

Así, en medio de Sus terribles circunstancias, clama a Aquel quien escucha y actúa:

Mas tú, Jehová, no te alejes; Fortaleza mía, apresúrate a socorrerme... Sálvame de la boca del león (v. 19-21).

Y la conversación continúa, progresa de peticiones de ayuda a declaraciones de liberación. Estas declaraciones alcanzan su cenit cuando Jesús une el pasado, presente y futuro, incluso desde la cruz, y termina su petición con estas palabras:

“Sálvame de la boca del león” (v. 21).

Por tanto, Jesús hace pública Su alabanza y considera las certezas del futuro:

Anunciaré tu nombre a mis hermanos; En medio de la congregación te alabaré. Los que teméis a Jehová, alabadle. Glorificadle, descendencia toda de Jacob, Y temedle vosotros, descendencia toda de Israel. Porque no menospreció ni abominó la aflicción del afligido, Ni de él escondió su rostro; Sino que cuando clamó a él, le oyó (v. 22-24).

Jesús declara que el Padre no ha escondido Su rostro. El Padre ha escuchado sus clamores. Entonces Jesús nos recuerda mirar hacia el Señor, porque Él nos ha hecho bien:

Se acordarán, y se volverán a Jehová todos los confines de la tierra, Y todas las familias de las naciones adorarán delante de ti... La posteridad le servirá; Esto será contado de Jehová hasta la postrera generación. Vendrán, y anunciarán su justicia; A pueblo no nacido aún, anunciarán que él hizo esto (v. 27-31).

Este es uno de los muchos salmos que nos ayudarán a aprender cómo dirigir nuestras conversaciones internas con Dios cuando lleguen los problemas. Existen interminables formas de conducir este diálogo. El Salmo 22, sin embargo, merece especial atención porque fue el clamor

de mayor angustia de Jesús. Como tal, puede ser un modelo para nuestra propia miseria, sin importar cuan extrema sea.

Sigue hablando; crece durante los problemas

Así que, seguimos hablando con Dios, sin quejarnos de Él. La mayoría de nosotros cae entre los dos extremos del Salmo 22 y el antisalmo del hombre enfrentando la opresión Nazi. La mayoría de nosotros tenemos momentos en que el sufrimiento tiene el poder de endurecer nuestros corazones. Para algunos, ese lugar es incluso tan simple como una llanta pinchada o un contratiempo mecánico, especialmente si es uno de muchos. Para otros, esa línea no se cruza hasta que la vida de un ser amado está en peligro. Sin embargo, para personas como el apóstol Pablo y el hombre que dijo, “Nada ha cambiado”, no hay tal línea. Ninguna cantidad de sufrimiento puede sacudir su confianza en Dios. Temo que mi propia línea está más cerca a la llanta pinchada.

Con la ayuda de Dios, crecemos. Aspiramos a apropiarnos los salmos cada vez más. Cuando lleguen los problemas y superemos el conflicto interno, seremos capaces de restablecer el orden. Si no sucede esto, buscamos más ayuda. Apuntamos a crear nuestros propios salmos en donde:

1. Derramamos nuestra queja al Señor,
2. repasamos las promesas de Dios y Su fidelidad,
3. encontramos nuestro descanso y comodidad en Jesús, y
4. les permitimos a otros saber que ellos, también, pueden encontrar descanso y consuelo. Entonces, cuando flaqueamos, pedimos ayuda y lo hacemos todo de nuevo.

Una de las habilidades espirituales críticas para cada seguidor de Jesús es traer orden al conflicto interno y crecimiento en medio de los problemas, en lugar de furia o desgaste (2 Cor. 4:16). La tribulación no va a ganar al final. En medio de la miseria física podemos tener esperanza, y la esperanza es una de nuestras respuestas más valiosas a las dificultades de la vida.

Discusión y respuesta

- 1) Toma un evento difícil reciente e identifica qué tipo de salmo estas escribiendo.
- 2) Parafrasea el Salmo 22 y permite que el salmista te guíe en oración.
- 3) ¿Qué voz tiende a dominar tus conversaciones internas durante el sufrimiento: la voz del temor, la duda, la autocompasión... o la voz de Dios?
- 4) ¿Qué promesas de Dios necesitas recordar hoy para enfrentar tus dificultades con fe y esperanza?

CUATRO

EL PECADO PESA MUCHO

Tenemos la percepción que el sufrimiento es nuestro problema más grande y evitarlo, nuestra mayor necesidad, pero sabemos que hay algo más. Es el pecado lo que es nuestro problema más grande, y ser rescatados del mismo nuestra mayor necesidad.

Existe una conexión entre ambos. El sufrimiento expone el pecado en nuestros corazones en una forma en la que pocas cosas lo pueden hacer. Cuando nuestras vidas están libres de problemas, podemos confundir la satisfacción personal con la fe. Podemos pensar que Dios es bueno y que estamos satisfechos en Él, aunque pudiéramos estar menos satisfechos con Él de lo que lo estamos con la facilidad de nuestras vidas. Entonces, cuando la vida es difícil, y especialmente cuando la vida se mantiene difícil, las lealtades de nuestros corazones se hacen más evidentes. El sufrimiento va a revelar el pecado que aun “nos asedia” (Hebreos 12:1), y el pecado pesa demasiado.

No siempre nos gusta observarlo, pero esta carga necesita ser tratada. El pecado es el más pesado de los pesos; el perdón es la más grande liberación.

Observa el peso

Solo las personas que saben que tienen cargas pueden ser libradas de ellas. Tristemente, el método de esa liberación—la confesión—ha sido empañado. Somos tardos para hablar del pecado por temor a que pueda amenazar nuestros ya frágiles egos o etiquetarnos como críticos o cerrados de mente. Pero en lugar de pensar en hablar del pecado como un interminable arroyo de negatividad e intimidación, piensa en ello como algo bueno. Es, después de todo, parte del paquete de rescate de Dios llamado las “Buenas Nuevas”.

Así que, aunque es verdad que el pecado en si no es bueno, reconocerlo sí es bueno. Mientras que el pecado lleva por un camino lleno de cargas, Jesús dice, “yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10). La confesión es esencial para esa vida. Ver el peso de nuestro pecado trae bendiciones. Aquí hay tres de ellas:

1. Ver el peso de nuestro pecado, nos lleva a Jesús

Es el trabajo del Espíritu ayudarnos a ver nuestro pecado (Juan 16:8). Esto nos lleva a Jesús para buscar perdón, algo que es muy bueno. Jesús viene por pecadores, no por los justos (Mateo 9:13). La convicción de pecado muestra que estamos vivos y receptivos. Esa convicción quiere decir que nos podemos ver, por lo menos parcialmente, y ese es un prerequisite para hablar con amigos sobre el pecado (Mateo 7:3–5).

Sin la necesidad de misericordia, ¿por qué preocuparnos por permanecer con Jesús? Si lo buscamos simplemente por una liberación de las circunstancias difíciles de la vida, nos iría

mejor si tomamos Prozac o ejercemos un poco de ingenio. Estas, al menos a corto plazo, parecen soluciones más efectivas.

2. Ver el peso de nuestro pecado trae humildad.

Una conciencia de pecado trae humildad, no vergüenza o humillación, y la humildad es una hermosa forma de reflejar a Jesús.

Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido (Lucas 18:13-14).

Aquí hay una meta comunitaria: ser capaces de identificar un patrón de pecado en nuestras vidas, y ser capaces de hacerlo al instante en cualquier momento que se nos pida.

3. Ver el peso de nuestro pecado es el comienzo del poder y la confianza.

Cuando vemos nuestro pecado, estamos viendo la convicción del Espíritu, lo que quiere decir que estamos siendo testigos del poder espiritual, pero ese poder se siente diferente de lo que esperamos. No es como el poder mundano. El poder espiritual es como una lucha, o debilidad, o necesidad, o desesperación. Es decir sencillamente, “Necesito a Jesús”, lo cual es la cosa más poderosa que podemos expresar. Quiere decir que nuestra confianza no está en nosotros mismos o en nuestra justificación delante de Dios, o nuestra reputación delante de otros. Nuestra confianza está en Jesús, y esa confianza no puede ser conmovida. Solo imagina: no más esconderse de Dios, no más estar a la defensiva en nuestras relaciones. Cuando hemos hecho mal a otros, simplemente pedimos su perdón. Nuestra seguridad en Jesús nos da la oportunidad de pensar menos sobre lo que otros piensan de nosotros. Nos da la libertad de cometer errores e incluso fallar. Ya no tenemos que construir y proteger nuestro propio reino.

El pecado pesa demasiado, pero aquellos quienes pueden ver sus pecados ven algo bueno. Cuando confesamos estos pecados, sabiendo que somos perdonados, vemos algo mejor, a Jesús mismo.

Suelta el peso

Así que, queremos crecer percatándonos de nuestro pecado y confesándolo. Queremos dejar el peso. Pero no siempre es fácil. Los niños pequeños confiesan una desobediencia evidente—“Perdón por aventarte mi muñeca”—pero los pros y contras de esa desobediencia son ajenos a ellos. Nosotros, también, podemos ser niños. Considera al hombre atrapado en pornografía cuya confesión—“Ya déjame, lo siento....”—no se compara con la de un niño. Una confesión así, viniendo de un adulto es impropia y dañina. Dejar el peso del pecado quiere decir observar más cuidadosamente nuestros corazones.

“Contra ti, contra ti solo he pecado” (Salmo 51:4).

Aun cuando no siempre nos damos cuenta, todo pecado es personal, es contra Dios. Es contra Dios y Su carácter. Nuestro pecado dice, “Yo quiero mi independencia”, “No quiero estar asociado contigo”, “Quiero más de lo que Tú me puedes ofrecer”, “Yo sé lo que es mejor para mí”; o—y esto da miedo—“te odio” (Santiago 4:4). No siempre sabemos que estamos diciendo estas cosas, pero esa es la naturaleza del corazón. Usualmente hay mucho más en nuestro corazón de lo que vemos.

A través de la historia bíblica, Dios ha permitido gentilmente a Su pueblo ver las realidades de sus corazones. Cuando liberó a Su pueblo de Egipto y los llevo al desierto, en el camino a una tierra fructífera, el pueblo se quejó contra Moisés y Aarón, preguntándose, como muchos de nosotros lo haríamos, por qué estaban siendo sacados de Egipto solo para enfrentar otras dificultades en el desierto. Moisés vio claramente: “Vuestras murmuraciones no son contra nosotros, sino contra Jehová” (Ex. 16:8). Nadie había dicho palabra alguna contra Dios, pero en realidad todos ellos lo habían hecho. El Señor mismo respondió a Moisés, exponiendo la verdad:

Y Jehová dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo? ¿Hasta cuándo no me creerán, con todas las señales que he hecho en medio de ellos?” (Números 14:11).

Y todo lo que ellos hicieron fue quejarse un poco durante un día difícil. En el Nuevo Testamento, la carta de Santiago da seguimiento a esta percepción (Santiago 4:1–10). Santiago nos lleva de las cosas que son obvias, como disputas y peleas, hacia cosas menos obvias, tales como deseos fuera de control y exigencias, nuestra infidelidad a Dios, nuestras amistades con el mundo y el diablo, y nuestro odio hacia Dios. Lo que parecía como una razón perfectamente buena para enojarte con alguien llega a ser un tiempo para que el Espíritu nos lleve a las profundidades que no podríamos ver sin él.

Tengamos esto en mente. Los malos comportamientos, incluso aquellos que son culturalmente aceptables, como quejarse un poco, son expresiones de nuestra lealtad espiritual. Y a través de la confesión invitamos a que Dios ilumine las lealtades desiguales y divididas.

La confesión es para todos los días.

Todos necesitamos confesar, y lo necesitamos hacer cada día (Mateo 6:12). Nadie es tan malo como para estar fuera del perdón. La Escritura incluye homicidas (Moisés), conspiradores (Jacob) y adúlteros (David) entre el pueblo de Dios, de manera que nadie puede decir que están más allá del alcance de la misericordia de Dios.

Por otro lado, nadie es tan bueno como para que solo una o dos confesiones al año sean suficientes. Existen cosas que podríamos confesar en cualquier momento de nuestro día, porque nadie es perfecto a este lado del cielo.

Así que, aun cuando el pecado pesa demasiado, buscamos ver y disfrutar los beneficios de la confesión. Cuando nos despojamos de él, agradecemos encontrar gozo en la confesión,

sabiendo que somos perdonados porque Jesús es nuestro sacrificio, una vez y para siempre (Hebreos 10:11–14). Nuestra más grande necesidad ha sido satisfecha.

Discusión y respuesta

- 1) ¿Qué obstáculos encuentras más comúnmente cuando se trata de confesar tus pecados? ¿Orgullo, miedo, vergüenza... o algo más?
- 2) Piensa en un momento reciente en el que pecaste y experimentaste arrepentimiento. ¿Qué decía tu corazón en ese momento sobre Dios, sobre ti mismo o sobre lo que realmente deseabas?
- 3) ¿Con quién podrías caminar en mayor honestidad espiritual, compartiendo luchas y confesiones para animarse mutuamente en la fe?

CINCO

PIDE AYUDA AL SEÑOR

En el libro de C. S. Lewis *El Caballo y su Muchacho*, Shasta soportó un largo viaje en donde nada parecía ir bien. Al ir desvaneciéndose toda esperanza, notó una silenciosa presencia que respiraba “profundamente”. La respiración apenas audible era de Aslan, la figura de Dios en el libro, quien había acompañado al muchacho a través de muchas de sus dificultades.

“¿Quién eres?” dijo el muchacho.

“Uno que ha esperado largo tiempo a que hablaras,” respondió Aslan.⁵

Hasta aquí hemos identificado las dos luchas de la humanidad: circunstancias difíciles y corazones endurecidos. Y hemos tocado el tema de cómo nuestra respuesta a ambas es hablar al Dios que escucha. Ahora estudiaremos más a fondo esa respuesta.

Necesitamos orar (pero nos resistimos)

No siempre es fácil hablar abiertamente al Señor. Necesitamos ayuda, pero es difícil pedirla a Dios. ¿Por qué es tan difícil? ¿Por qué algunas veces nos resistimos a hablar con Él?

La ansiedad, por ejemplo. Las personas ansiosas saben que están necesitadas, pero su instinto es plantearse fatídicos escenarios para poder estar preparados. Mientras tanto, la Escritura nos insta a orar en lugar de alimentar la ansiedad (Fil. 4:6).

Nuestra inclinación es vivir vidas auto suficientes. Cuando hay problemas, primero intentamos descifrarlos, luego nos preocupamos, como si no hubiera nadie a quien le importe o quien escuche. O tal vez tratamos a Dios friamente porque no nos dio lo que esperábamos, o nos escondemos de Él porque atesoramos pecados en nuestro mundo privado. Probablemente hay docenas de razones del por qué nos resistimos en clamar al Señor.

Yo sé que me resisto a pedir ayuda. Prefiero dar ayuda y esconder mi necesidad. Esto quiere decir que soy tardo para pedir ayuda a otras personas y a Dios. Esto es totalmente erróneo. Pero no estoy solo.

Dios acusó a todo Israel diciendo, “Y no clamaron a mí con su corazón cuando gritaban sobre sus camas” (Oseas 7:14). Gritar sobre nuestras camas es fácil y natural. Pero clamar al Señor es espiritual, es un regalo del Espíritu, pero también es la cosa más humana que podemos hacer. La vida real comienza al decir, “Auxilio, necesito a Jesús”. Escucha cómo los salmos claman a Dios:

*Inclina, oh Jehová, tu oído, y escúchame, Porque estoy afligido y menesteroso.
(Salmo 86:1)*

Oh Jehová, Dios de mi salvación, Día y noche clamo delante de ti. Llegue mi oración a tu presencia; Inclina tu oído a mi clamor. (Salmo 88:1-2)

No tenemos razón para resistirnos. Estos son algunos fundamentos espirituales: tener humildad delante de nuestro Padre, Salvador y Consolador; y apertura y libertad para hablar lo que está en nuestros corazones con Jesús, quien nos llama Sus amigos.

Ora la Escritura

De este punto de partida, podemos imitar a los discípulos y decir, “Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos” (Lucas 11:1). Y entonces podemos ser instruidos por las más de doscientas oraciones registradas en la Escritura. Piensa en estas oraciones como puertas abiertas a nuestras más profundas necesidades. Aquí hay algunas de las oraciones que encontramos:

Oración buscando ayuda en la tribulación

Clamar por ayuda en tiempos de tribulación es una de nuestras oraciones favoritas. El Salmo 130 comienza con la más urgente de las peticiones:

De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo. Señor, oye mi voz; Estén atentos tus oídos A la voz de mi súplica (v. 1-2).

Las situaciones desesperadas son mejores cuando van acompañadas de un clamor de ayuda. Tenemos una necesidad básica de clamar por ayuda.

En los salmos, a menudo la petición es por liberación de los enemigos que amenazan destruir la nación entera. En el Salmo 139, la súplica es más personal. El salmista se está tambaleando entre la vida y la muerte, y Dios nos invita a decir las mismas palabras cuando estamos en situaciones abrumadoras y amenazantes. De cualquier manera, esta es una de las formas en las que Dios nos enseña a clamar a Él: pidiendo “ayuda” para ti mismo o tu comunidad.

¿En qué manera nos liberará el Señor? Esta es una pregunta para la cual necesitamos ayuda, porque no siempre la liberación toma la forma que esperábamos.

Un bebé muere dos días después de haber nacido. Sus padres clamaron por ayuda y cientos de amigos clamaron también. ¿Podría haber habido liberación? Ten en cuenta que los padres han sido librados de la muerte y del maligno y que el bebé pertenece a Dios y estará con Él. Esto pudiera no aminorar la pena de los padres y amigos, pero sí quiere decir que la comunidad puede llorar con esperanza.

Existen misterios en la liberación, pero ya que Dios se ha identificado a sí mismo como nuestro Salvador y Libertador, estamos confiados en que veremos liberación, aun cuando tome una forma distinta a la que esperábamos.

Oración de confesión

“Señor, perdóname” es ciertamente una de las oraciones más importantes de la Escritura, y debemos hacerla una de nuestras favoritas.

El perdón de pecados es esencial para la satisfacción humana. La palabra hebrea para esa satisfacción es *shalom*, que significa que todo está bien delante de Dios, y cuando todo está bien delante de Dios, experimentamos una paz duradera que es inmovible por las desilusiones de la vida. Solo la confesión y el perdón pueden traer *shalom*.

Necesitamos confesar el pecado. Cuando confesamos pecados y acompañamos nuestra confesión con un conocimiento preciso de la misericordia de Dios, podemos esperar nada menos que una paz creciente. El Salmo 130 comienza con una súplica por liberación. La desesperación es palpable. Él necesita ayuda rápidamente. Aun así, observa hacia dónde va su pensamiento:

Señor, si mirares a los pecados, ¿Quién, oh Señor, podrá mantenerse? Pero en ti hay perdón, Para que seas temido (v. 3-4).

El salmista sabe que, si no hay perdón de pecados, no hay liberación. Pero debido a que sí hay perdón de pecados, él confía en que nada lo va a separar de la amorosa presencia de su Dios, y si Dios está presente, todo está bien.

Su necesidad de confesión y perdón es su necesidad más profunda. Una vez que esa necesidad es satisfecha, el salmista continúa su oración con una declaración de paciente perseverancia. Después de todo, cuando estamos seguros del fiel amor de Dios, podemos estar seguros de que veremos la bondad de Dios, de modo que podemos esperar pacientemente. Con base a esta declaración, se vuelve hacia sus hermanos y hermanas y les asegura el fiel amor de Dios.

El misericordioso perdón de Dios hace Su nombre grande. Nadie más, real o imaginario, afirma perdonar pecados como Él lo hace, así que nos complace decir, “Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mateo 6:12).

En caso de dudas, confiesa algo. Confiesa que estas luchando para orar, si es necesario. La confesión siempre es un buen lugar para comenzar cuando nos sentimos perdidos.

Oración para conocer más y mejor al Señor

Cuando el perdón de Dios se arraiga en nosotros y comienza a transformar nuestra experiencia de vida diaria, la puerta se abre para sorprendernos con más del carácter de Dios. ¿Quién es este Dios que ama y perdona?

Observa el ir y venir. Las dificultades de la vida provocan nuestra oración en búsqueda de ayuda. La confesión y el perdón nos aseguran que Dios nos ayudará. Entonces, nuestros corazones ya no miran a nuestras circunstancias sino al Señor mismo.

El Salmo 46, por ejemplo, visualiza lo peor pero no pide ayuda. En cambio, el salmista sabe que su más grande consuelo yace en recordar quién es Dios:

*Dios es nuestro amparo y fortaleza, Nuestro pronto auxilio en las tribulaciones...
Jehová de los ejércitos está con nosotros; Nuestro refugio es el Dios de Jacob (v. 1, 7).*

El consuelo del salmista es el conocimiento de Dios.

Para el salmista, este conocimiento estaba vinculado a las promesas de Dios y Su fidelidad pasada con Israel, especialmente en el Éxodo de Egipto. Para nosotros, este conocimiento es resumido en Jesús.

Su muerte y resurrección nos aseguran Su amor, perdón, presencia y fidelidad. Él es la más profunda satisfacción de las necesidades reales de la vida. Hasta cierto punto, siempre hemos sabido esto. Hemos anticipado que nuestras necesidades son, en última instancia, resueltas en una relación. Hemos sabido que el amor tiene algo que ver con eso. Pero no siempre hemos comprendido cómo es que Jesús mismo es esa relación.

El apóstol Pablo ciertamente lo comprendía. Él fue rechazado por las personas que amaba, vivió con un problema de salud crónico, naufragó más de una vez y estaba bajo arresto domiciliario. Pero tenía paz porque su necesidad más profunda, conocer a Dios, había sido satisfecha (ej., Filipenses 4:12).

Pablo tenía a Jesús, lo que quería decir que él tenía todo—vida, amor, comunión con el Padre y el Espíritu, y todas las cosas buenas. Con Jesús a la vista, sus problemas, aun cuando eran extremos, se sentían transitorios y menos graves (2 Corintios 4:17–18).

Este conocimiento de Jesús es especialmente importante durante el sufrimiento. En esos momentos, Satanás plantea preguntas sobre el carácter de Dios y sugiere, al menos, que Dios se opone a nuestros mejores intereses. Si nuestro conocimiento de Dios es débil, somos dejados con un dios extraño compuesto parcialmente de verdad, mentiras satánicas, nuestros deseos proyectados y expectativas, las experiencias con nuestros padres, y la acumulación de heridas de la vida. Este no es el Dios de la cruz que nos amó mientras éramos enemigos, y esta idea no nos va a sostener.

En otras palabras, todo sufrimiento plantea una pregunta relacional: ¿Me ama Dios? Así que oramos para conocerlo adecuadamente y mejor (Efesios 1:17; 3:17–19). Y al hacerlo, buscamos descanso, porque descansar en Él es una forma de honrarlo.

En Dios solamente está acallada mi alma; De él viene mi salvación. El solamente es mi roca y mi salvación; Es mi refugio, no resbalaré mucho (Salmo 62:1–2).

Practica la oración

Lo que estamos intentando hacer es que la Escritura moldee la forma en la que oramos. Para tal fin, podemos resaltar las oraciones en la Escritura y apropiárnoslas, pero no hay razón para limitarnos a ellas. En cambio, podemos hacer que todo en la Escritura sea una oración. Por ejemplo, cada mandamiento en la Escritura llega a ser una ocasión para confesar— “Señor, no he

cumplido, por favor perdóname”— y una petición de poder—“Señor, dame poder para seguirte completamente”. La frase en el Salmo 62 sobre encontrar descanso en Dios puede ser orada como nuestra aspiración: “Padre, esto es lo que quiero, descansar únicamente en ti. Por favor enséñame que solo Tú, no mi habilidad para entender las cosas, son mi roca y rescate”.

La Escritura nos lleva de circunstancias a cuestiones del corazón. Mala salud, temores sobre aquellos a quienes amamos, estabilidad financiera en una economía impredecible, la Escritura toma estos asuntos seriamente y profundiza en ellos.

Una oración por nuestra tía enferma incluye su circunstancia (salud física) y su alma. Oraremos por sanación, y oraremos para que su persona interior sea renovada, especialmente a través de conocer la presencia de Dios, si bien su cuerpo jamás será completamente renovado en esta vida.

Una oración por nuestro jefe egoísta va a incluir una petición para que el jefe actúe justamente y: que seamos capaces de trabajar sabiendo que Jesús mismo es nuestro jefe (Efesios 6:5–6), o que encontremos oportunidades para pagar con bondad el egoísmo de nuestro jefe (Efesios 4:32).

Una oración por un horario desenfrenado puede incluir una confesión por querer agradar a las personas (alguien que siempre quiere agradar a la gente siempre está diciendo que sí), y una confesión de una obsesión con video juegos; fe para tomar un día de reposo semanal; o gracia para enfocarnos en lo que está en frente de nosotros al confiar en Dios para aquellas cosas que aún faltan por hacer.

Nos movemos de las cosas que se ven a las que no se ven, de las circunstancias a realidades espirituales.

Así que comenzamos con una simple petición de ayuda al Señor. Ese es el paso más difícil. Es imposible para nosotros mismos. Lo que significa que cuando lo hacemos, podemos deleitarnos en el poder de Dios que está obrando dentro de nosotros.

Y entonces un universo de posibilidades de comunicación se abre delante de nosotros. Cada clamor de nuestros corazones puede ser moldeado cada vez más por la Escritura. Clamamos, Dios nos revela más de Su corazón, aprendemos de Él, y hablamos más, Él se revela a sí mismo más, respondemos en agradecimiento y así sucesivamente. Necesitamos esta comunicación, y esperamos orar de esta manera con otros.

Discusión y respuesta

- 1) ¿Te pareces a Shasta cuando éste no le hablaba a Dios?
- 2) Piensa en una situación difícil que estás viviendo. ¿Cómo cambiaría tu forma de verla si comenzaras a clamar a Dios en lugar de guardarla para ti?
- 3) ¿Qué compromiso concreto puedes hacer hoy para caminar más cerca del Señor mediante la oración?

SEIS

PIDE AYUDA A LOS DEMÁS

Ten en cuenta nuestro destino. Queremos ayudarnos unos a otros adecuadamente. Debido a que las personas humildes y en necesidad son los mejores ayudantes, y a que nuestra propia necesidad en realidad sirve a otras personas, estamos practicando los puntos básicos de estar espiritualmente necesitados.

Estamos avanzando desde el sentirnos necesitados, a conocer nuestras necesidades más profundas, a pedir al Señor ayuda y ahora a pedir ayuda a los demás.

Cada paso llega a ser más difícil.

Dadas las incesantes dificultades de la vida, las competitivas voces listas para interpretar tales dificultades y el peso del pecado que pudiéramos ni siquiera ver, oramos, y entonces pedimos a otros que oren también. Necesitamos esto, ya que, si saltamos directamente a ayudar a otros sin revelar nuestra propia necesidad, ponemos la humildad en riesgo. Solo se requiere de unos pocos segundos para reconocer a un terapeuta, que meramente administra respuestas en contraste con uno que está necesitado delante de Dios, que ha caminado un sendero similar de transparencia y ahora se sienta humildemente con nosotros, lado a lado.

Pide ayuda

Pedir ayuda a los demás es más difícil que clamar al Señor. El Señor ya sabe que somos débiles y necesitados, ¿pero las otras personas? Esa es una historia diferente. Ellos pudieran no saberlo y nosotros queremos desesperadamente parecer competentes delante de ellos. Aun cuando la necesidad espiritual es uno de los actos más atractivos del ser humano, tenemos nuestras propias opiniones de fuerza, honor, y de lo que es más apropiado—y las peticiones de ayuda no están en esa lista.

Pero realmente esto debería ser simple.

El apóstol Pablo escribió, “Hermanos, orad por nosotros” (1 Tes. 5:25; también 1 Corintios 1:10–11; Efesios 6:19–20; Colosenses 4:3). Aparentemente, él no estaba avergonzado por su debilidad y necesidad. Pablo estaba bien entrenado en el rechazo y la humillación. Él, alguna vez, fue un notable y prometedor Fariseo, pero entonces llegó a ser nada. Él era nada delante de su familia hebrea y no tenía reputación alguna delante de muchas de las iglesias que fundó. Habiendo aprendido que Jesús no se hizo a sí mismo una reputación delante de otros, Pablo no estaba preocupado por su reputación. Así es como él era capaz de pedir que oraran por él.

Si deseamos ser percibidos como competentes y en control, no vamos a pedir que oren por nosotros. Si conocemos que los humanos, por naturaleza, están en necesidad espiritual, y que

el plan de Dios es que nos volvamos a Él y a otras personas en busca de ayuda, vamos a pedir apoyo de oración.

Cómo pedir

Sea que nunca le hayamos pedido a alguien que ore por nosotros o que lo hagamos cada día, la meta es crecer en la frecuencia en que pedimos oración y cómo la pedimos. ¿Qué tan frecuentemente? Lo ideal es pedir más de lo que pedimos ahora. ¿Cómo pedimos? Lo que ansiamos es pedir oración para circunstancias y asuntos del corazón que están bajo la superficie, para cosas que se ven y cosa que no se ven. Tomemos lo que hemos aprendido en la oración personal y pidamos a otros que oren con nosotros.

Primero, expresamos nuestras cargas con palabras. Segundo, agregamos palabras de la Escritura que captan nuestras necesidades reales, los propósitos y promesas de Dios. Esto es, oramos por lo que sabemos que nuestro Padre quiere darnos. Aquí hay algunos ejemplos:

Y algunas veces nuestras peticiones de oración pueden ser muy simples y desesperadas: “Me siento acabado. ¿Podrías orar por mí? No siento que pueda orar por mí mismo, y ni siquiera sé qué orar”.

Si has orado por alguien, sabes que es un privilegio. Otras personas se sentirán de la misma manera cuando les pidas que oren por ti. Una vez que tenemos la destreza de pedir, podemos pedir ayuda para algunas de nuestras otras cargas en la vida, tales como buscar un empleo o limpiar un apartamento. Incluso podemos hacerles saber a las personas nuestras necesidades financieras.

Reconoce la ayuda cuando llega

Una vez que hemos orado y pedido a otros que oren por nosotros, todo lo que queda es vigilar. Asumimos que, si oramos de acuerdo a las promesas de Dios, lo veremos obrar. Así que, esperamos expectantemente, y reconocemos Su obra cuando llega. Estas son algunas maneras de hacer esto.

Construir monumentos

Conociendo la tendencia humana de olvidar las obras poderosas de Dios, los israelitas construían monumentos (Josué 4:1–7). Después de que el Señor detuvo las aguas del Jordán para que el pueblo pudiera cruzar a la Tierra Prometida, el Señor le dijo a Josué que recogiera piedras del centro del Jordán y estableciera un recordatorio perpetuo de lo que Él había hecho.

Cuando relatamos a nuestra comunidad la respuesta de Dios a nuestras oraciones, estamos colocando monumentos espirituales que esperamos tengan más resistencia que las piedras. Esperamos que edifiquen el cuerpo de Cristo sobre la tierra.

Agradece

Una versión del Nuevo Testamento de un monumento es el agradecimiento. Cuando Jesús sanó a los diez leprosos, solamente uno regresó y agradeció (Lucas 17:11- 19). Él fue también el único que aseguró la más completa sanación que viene cuando vamos a Jesús como nuestro Salvador, en lugar de meramente nuestro médico o consultor: “Respondiendo Jesús, dijo.... ‘Levántate, vete; tu fe te ha salvado’” (v. 17-18).

Agradece a Dios y a otras personas. El independiente y auto suficiente jamás agradece. El arrogante piensa que merece cualquier cosa buena que reciba, así que, no agradece. Pero los necesitados espiritualmente que reconocen que el Señor derramó Su amor sobre ellos (Efesios 1:8; 1 Juan 3:1) son prontos para decir “gracias”.

Y dirigimos nuestro agradecimiento a los asuntos espirituales, lo que es permanente y cierto, lo del espíritu, en lugar de lo temporal. Espiritual, significa que vemos las cosas invisibles observando a través de las cosas que se ven. Esto incluye el perdón de pecados y todos los otros beneficios y promesas cumplidas que tenemos en Jesús, a través de Su muerte y resurrección.

Notemos por qué los asuntos espirituales merecen prioridad en nuestro agradecimiento. Debemos estar agradecidos por la salud física o por un empleo después de una temporada de desempleo, pero si nuestra gratitud está fundamentada únicamente en cosas que podemos ver con nuestros ojos, las cuales no perduran, algún día no tendremos razón para estar agradecidos, ya que, en ocasiones, estaremos enfermos y, de pronto, podemos ir de la gratitud a la amargura.

Proclama Su fidelidad

Cualquiera que sea nuestro monumento, es bueno que sea público, incluso si esto significa que solo un amigo lo conoce. Los salmistas eran expertos en estas cosas. Ellos podían clamar al Señor en medio de sus miserias y contar Su fidelidad, y si no podían observar la fidelidad de Dios en los eventos de ese día, repasaban el pasado de Israel, depositaban su confianza en como Él había perdonado los pecados y después hablaban públicamente sobre Su fidelidad (Salmo 130:7-8).

Los Salmos valoran altamente las palabras habladas. Podemos conocer cosas buenas del Señor, pero el salmista nos desafía a expresarlo mediante palabras, hacia el Señor y hacia otros. El reino de los cielos en ninguna manera es silencioso. Cuando tenemos buenas nuevas, estas deben ser anunciadas.

Nuestra tarea es simple: pide oración y luego permite que aquellos que han orado por nosotros conozcan lo que Dios ha hecho. Es sencillo, pero también es un poderoso accionar del Espíritu en la vida diaria de la iglesia.

Discusión y respuesta

- 1) ¿Qué temes que los demás vean de ti cuando estás en necesidad? ¿Cómo afecta ese temor tu disposición a pedir ayuda?
- 2) ¿Hay alguna carga que estás llevando solo y que el Señor quiere que compartas con alguien más hoy? ¿Por qué no lo has hecho aún?
- 3) ¿Cuál ha sido tu actitud cuando otros han orado por ti o te han ayudado? ¿Tiendes a recibirlo con gratitud... o con resistencia?
- 4) ¿Cómo puedes comenzar a construir una comunidad donde pedir ayuda y orar unos por otros sea algo natural y constante?

PARTE 2.

SOMOS NECESARIOS

Recapitulando.

Estamos en necesidad. La meta es llegar a ser amigos sinceros y humildes que estén dispuestos a aceptar su necesidad. Vemos nuestras dificultades y pecado, hablamos abiertamente sobre ellos con el Señor y estamos dispuestos a pedir a otros que oren por nosotros.

Resumiendo, adónde vamos.

Somos necesarios. Esta es la forma en que la iglesia avanza, a través del amor y cuidado mutuo. Tal expresión de amor era menos obvia en el Antiguo Testamento, cuando el pueblo dependía de reyes, líderes y profetas, pero, cuando el Espíritu fue dado en Pentecostés, todo cambió. De pronto, las personas ordinarias tenían un impacto extraordinario.

La meta es crecer en una larga lista de habilidades. Estas habilidades, sin embargo, van a mejorar las cosas básicas que ya sabemos y hacemos cada día: nos acercamos hacia otros cuando ellos están en necesidad, llegamos a conocerlos y oramos.

ÍNDICE DE SECCIÓN

Somos necesarios:

7. Recuerda: Tenemos al Espíritu Santo
8. Acérquense y salúdense unos a otros
9. Ten conversaciones profundas
10. Ama reconociendo lo bueno en los demás
11. Caminen juntos, cuenten historias
12. Ten compasión durante los problemas
13. Ora en medio de los problemas
14. Estén alertas ante las artimañas de Satanás
15. Prepárate para hablar sobre el pecado
16. Ayuda a los que comparten tu condición de pecador
17. No te olvides de la historia

Conclusión: una comunidad funciona mejor lado a lado

SIETE

RECUERDA: TENEMOS AL ESPÍRITU SANTO

Había estado guardando mis recientes temores para mí. Mi esposa lo sabía y fue de ayuda, pero una buena regla de oro es que cuando estas atrapado en dificultades o pecados, debes ir ampliando el círculo de aquellos que lo saben hasta que salgas de ellos. Creo que es una buena regla, pero había decidido que podía atravesar esto solo.

Mi esposa y yo habíamos salido a comer con unos amigos cuando ellos preguntaron, “¿Cómo estás?”.

En la forma más casual posible, dije, “Oh, he estado experimentando algunos extraños temores últimamente”.

Nuestros amigos se detuvieron, como para poner toda otra conversación de lado, y consideraron mis temores conmigo la siguiente media hora. Entonces ellos oraron por mí.

¿Porque me pudieron ayudar tanto? Los buenos ayudantes, como por ejemplo estos amigos:

Estas son cualidades del mismo Jesús, y estas son algunas de las habilidades que consideraremos más adelante.

En esa tarde en particular, no sé exactamente qué fue lo que estas personas ordinarias hicieron que fuera de más ayuda, pero sí tuvieron un impacto. Mis temores aminoraron desde esa comida en adelante. Una cosa que sí sé es que mis ayudadores estaban capacitados con la sabiduría del Espíritu Santo.

Tú tienes al Espíritu

Todo cambió cuando Jesús vino. Él murió por nuestros pecados, resucitó de la tumba y, después, en el Pentecostés, envió al Espíritu. La casta profesional religiosa ya no estaba conformada solo por unos pocos titulados. Ahora, los seguidores de Jesús tienen todas las competencias necesarias para animar e instruir a otros (Jeremías 31:33–34).

Esa es la razón por la que podemos considerar ayudar a otros. Vivimos en la era del Espíritu. Si no fuese por el Pentecostés, seríamos sencillamente los que refieren y presentan a las personas necesitadas a los expertos reales. Nos quedaríamos callados por temor a hacer que las cosas empeoren. Con el Espíritu, nos acercamos a otras personas y nos maravillamos de que Dios use personas ordinarias para hacer la obra de Su reino.

Tener al Espíritu no quiere decir que una mente que está en blanco de pronto llega a ser como un arroyo de conocimiento profundo y consuelo para aquellos que tienen necesidad. Siempre somos completamente capaces de decir cosas estúpidas y dañinas. Pero sí quiere decir

que nuestra habilidad para ayudar va a llevar las marcas del Espíritu, tales como la paciencia y la bondad (Gálatas 5:22).

El Espíritu da sabiduría

El Espíritu nos da la sabiduría de Dios. Esta sabiduría se intersecta con la sabiduría que podemos obtener de libros y observaciones cuidadosas, pero va más allá. Es una sabiduría arraigada en la cruz y la resurrección de Jesús. Está llena de la guía del Padre a través de Cristo— sabiduría que jamás podríamos descubrir por nosotros mismos (1 Corintios 1:20–25).

Cuando nos sentimos completamente indignos, por ejemplo, es algo que podemos ignorar, debatir o sucumbir a ello. La mejor sabiduría del mundo no nos puede llevar más lejos. En contraste, la sabiduría de Dios revela que esa indignidad está en nuestras conexiones. Estamos conectados con cosas que nos han impuesto, tales como los pecados de otros, o estamos conectados con cosas que amamos, tales como el trabajo, pasatiempos, o incluso personas que nos aman.

Ninguna de estas cosas es suficiente en ellas mismas para satisfacernos. La sabiduría más profunda de Dios revela que, por fe, estamos conectados a Jesús, y entonces profundizamos en esa sabiduría durante todas nuestras vidas de manera que podamos comprender más completamente a Jesús.

Al estar Jesús con nosotros a través del Espíritu, Su sabiduría llega a ser parte de nosotros. Esta sabiduría hace presente las verdades de la cruz en los detalles de la vida diaria. La sabiduría de Dios está integrada en Cristo y Cristo crucificado. Si tú conoces esa sabiduría, estás eminentemente calificado para ayudar a otros.

El Espíritu obra en personas ordinarias

Y hay solo una cualidad necesaria adicional. Es esta: ser una persona ordinaria. Dios ha determinado que las personas comunes y corrientes hagan la mayor parte de Su obra, no los profesionales, no los expertos.

Pero es difícil cambiar los hábitos. Una mujer estaba teniendo problemas con sus hijos y ella necesitaba ayuda. Ella estaba en un grupo pequeño de estudio, podía hablar con una persona (ordinaria) allí. Su iglesia tenía un personal disponible, podía preguntar a alguno de los pastores. Ella también conocía a un estudioso Bíblico muy inteligente, podía preguntarle a él. Como buena norteamericana, ella eligió al estudioso. En un minuto o dos, aburrida, comenzó a percatarse de que el reino de los cielos no avanza por mero conocimiento.

No nos quejamos contra el conocimiento, y ciertamente existe un lugar para la experiencia, pero no necesariamente vamos a querer ayuda de la persona que tiene acceso a más información. Queremos ayuda de alguien con sabiduría piadosa, y esa sabiduría, que reside completamente en

Jesús, es del dominio público. Un niño la puede comprender, mientras que un estudioso pudiera ignorarla. Parece ser una manera cuestionable para cambiar al mundo, pero es la manera de Dios.

Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte;...a fin de que nadie se jacte en su presencia (1 Corintios 1:26–29).

Qué estrategia tan excelente. Si los hermosos y talentosos fueran quienes tuvieran poder espiritual, regresáramos a las estructuras de clase que han arruinado a la humanidad desde el principio. Los que tienen, se enseñorearían de los que no tienen y se enorgullecerían de sí mismos, como si fueran completamente responsables de su poder y bendición. Pero cuando se usa a las personas ordinarias de maneras que ellos ni siquiera conocían, entonces Dios recibe honra. A la mujer que tenía problemas con sus hijos probablemente le hubiera ido mejor platicando con una mamá sabia en su pequeño grupo de estudio.

¿Te estas sintiendo ordinario o incluso menos que eso? ¿Tienes el Espíritu? Si es así, entonces eres justo la persona que Dios ha estado buscando. Cuando tú, en tu debilidad, te acercas a otros, honras a Dios y eres más poderoso de lo que crees. Estas calificado por el Espíritu.

Discusión y respuesta

- 1) ¿En qué situaciones has intentado ayudar a otros confiando más en tu lógica, experiencia o conocimiento que en la guía del Espíritu Santo? ¿Cuál fue el resultado?
- 2) ¿Cuándo fue la última vez que pediste al Espíritu Santo sabiduría específica para escuchar, consolar o aconsejar a alguien? ¿Cómo respondió Dios?
- 3) ¿Qué temores o inseguridades surgen en ti cuando piensas en ser usado por Dios para ayudar a otros? ¿Cómo crees que el Espíritu Santo puede transformar esos temores?

OCHO

ACÉRQUENSE Y SALÚDENSE UNOS A OTROS

Ya cumplidas las aptitudes básicas, estamos listos para seguir.

Pudiéramos comenzar levantando un pequeño puesto en el pórtico de la iglesia, como el que Lucy atendía en la caricatura de Rabanitos (Peanuts), y poner un anuncio que diga, “Ayuda psiquiátrica, 5 centavos”. De esa manera, pudiéramos ayudar a nuestros amigos e incluso hacer nuevos amigos.

Sin embargo, hay unos pocos problemas con esto. El primero es que nadie va a venir a buscar ayuda, incluso si bajáramos el precio, porque la mayoría de las personas no piden ayuda. Incluso las personas desesperadas son lentas para pedir ayuda.

Así que, tomamos la iniciativa y nos acercamos a otros. Dios se acercó a nosotros; nosotros nos acercamos a otros en Su nombre.

Dios se acerca a nosotros

Dios siempre toma la iniciativa. Incluso cuando Adán y Eva fueron expulsados del jardín, Él los siguió al destierro. Obsérvalo buscar a Su pueblo, tal como se simboliza en la relación entre Oseas y Gomer, un matrimonio entre un profeta y una esposa adúltera (Oseas 1:2). Cuando el pueblo de Dios se alejaba de Él, como Gomer lo hizo de Oseas, Dios se mueve hacia ellos y cuida de ellos como Oseas hizo con Gomer.

Mejor aún, observa a Jesús. Incesantemente buscaba e invitaba a los marginados y rechazados a estar con Él.

Imaginamos a los reyes como personas alejadas de las personas, como los emperadores de la Dinastía Ming en China que vivían en la Ciudad Prohibida. En contraste, nuestro Rey no deja simplemente la puerta de su castillo medio abierta, de manera que cualquier valiente puede entrar sin previo aviso. Él sale al pueblo en vestiduras humildes y los invita personalmente a quedarse con Él. Jesús es Dios en carne que bajó de Su trono y entró a los asuntos de la vida diaria. Al hacer esto, eliminó todos los límites y barreras entre Él y nosotros.

Dios viene a nosotros. Eso es la gracia, y al hacerlo inicia ciclos de gracia a través del cuerpo de Cristo.

Nos acercamos a otros

Lo mismo que hace el Rey, hace Su pueblo. Él se acerca a la gente; nosotros nos acercamos a la gente. Él se acerca a las personas que lo buscan y a las que no lo buscan; nosotros nos acercamos

a aquellos quienes quieren ayuda y a quienes parecen distantes y marginados. Él se acerca a los amigos e, incluso, a los enemigos; nosotros nos salimos de nuestro círculo de amigos y vamos hacia quienes están fuera de ese círculo.

Imagina cómo puede esto transformar a nuestras iglesias. En lugar de hablar a las mismas personas, aquellos con quienes nos sentimos cómodos y que son similares a nosotros, tratamos a otros como Dios nos ha tratado a nosotros. Imagina cómo se pudiera eliminar gradualmente la soledad.

Suena maravilloso, y es divertido imaginarlo, pero es tan difícil en la práctica, y así debería de ser. Si fuese fácil, simplemente lo haríamos. Pero ya que es difícil, antinatural, y, a veces, imposible, nos vemos obligados, nuevamente, a decir, “Jesús, ayuda”.

No nos equivoquemos: Acercarse a otros es difícil. Hay algunas personas con las que no encajamos, algunas que no nos gustan y otras que nos han dañado. Es bueno acercarte a otros, pero no es fácil.

Nos saludamos unos a otros

Digamos que realmente lo hicimos y estamos cara a cara con una persona real.

¿Qué sucede después? El solo pensar en los silencios incómodos y en sentirnos un poco tontos pone el plan entero en peligro. ¿Qué decimos?

Empecemos con algo pequeño. Saludemos a la persona.

Saludar no es una forma de cortesía de otra época. Es una habilidad que al ejercerla imitamos al Señor. Muestra respeto y amabilidad a otros, por lo que debemos crecer en ella. Escucha el saludo de Pablo:

Todos los hermanos os saludan. Saludaos los unos a los otros con beso santo. (1 Corintios 16:20). LBLA

No tenemos que darle un beso a alguien cuando lo saludamos, pero cuando nos acercamos a otros, debemos saludarlos con un calor familiar. Debido a que hemos sido invitados, recibidos y acogidos por el Señor,⁷ tenemos la oportunidad de corresponder. Al dar la bienvenida al más insignificante, damos la bienvenida a Jesús (Marcos 9:37).

Hay, sin embargo, tantas personas por saludar. Incluso en una iglesia pequeña, hay demasiadas personas como para saludarlas personalmente. No pretendemos ser saludadores en serie que ofrecen un breve y bullicioso “Buenos días”, y entonces se van con la siguiente persona y ofrecen el mismo saludo.

Considera a quién estas saludando. Ellos son hijos del Rey; tus hermanos y hermanas. Algunos pudieran sentirse perdidos, lo que es una razón más para saludarlos. Otros pudieran estar buscando algo, pero están inseguros de qué, y nosotros tenemos el privilegio de invitarlos

a un lugar que podría ser su hogar. A otros ya los hemos visto antes, pero ni siquiera conocemos sus nombres.

Los saludos, por supuesto, toman tiempo. Esto quiere decir que nuestra lista de saludos pudiera ser corta, porque tenemos una cantidad finita de tiempo cuando la iglesia está reunida—o cuando un amigo va caminando por la calle. No podemos saludar a todos. Así que podemos priorizar de esta forma:

Los buenos amigos son intercalados entre esos saludos, pero se dejan para después si hay poco tiempo.

Una aplicación razonable de la Escritura es saludar a una persona que no conocemos o que no conocemos bien cada vez que nos juntamos con otros en el cuerpo de Cristo.

¿Y si nos sentimos un poco extraños? ¡Mejor aún! Algunas personas les salen naturalmente el acercarse a otros, saludarlos y comenzar una conversación. La mayoría de nosotros no somos así. Por tanto, oramos para poder compartir esta característica del carácter de Dios. Nos acercamos a otros, no porque podamos hacer estas cosas con facilidad sino por Jesús.

Discusión y respuesta

- 1) ¿De qué manera tu vida relacional dentro de la iglesia refleja la iniciativa de Dios al acercarse a ti con amor, paciencia y misericordia?
- 2) ¿Sueles esperar que otros den el primer paso en una relación significativa o eres tú quien toma la iniciativa? ¿Por qué crees que actúas de esa manera?
- 3) ¿Hay alguien en tu iglesia o comunidad a quien el Señor te ha estado mostrando que necesita compañía, oración o simplemente ser visto? ¿Qué te detiene de acercarte?
- 4) Piensa en una ocasión en que alguien se acercó a ti con intencionalidad y te ayudó a llevar una carga. ¿Cómo impactó eso tu vida espiritual? ¿Cómo puedes hacer lo mismo por otro?
- 5) ¿Tu manera de acercarte a los demás está más motivada por la obligación o por una comprensión profunda del amor y gracia con que Dios te ha buscado?

NUEVE

TEN CONVERSACIONES PROFUNDAS

Una vez que termine el saludo, comienza el placer de conocer a alguien. Esto quiere decir tener conversaciones profundas—aquellas que van más allá de las sutilezas. No buscamos sacar a flote los problemas para poder ayudar. Simplemente estamos interesados en conocer a otra persona, lo cual es una característica básica del amor diario.

Sin embargo, no siempre comienza bien. Allí estás tú, en frente de alguien a quien no conoces...

“Buenos días. Mi nombre es Susana.”

“Hola. Yo soy Naomi.”

Y luego...nada.

Esto parece suceder más frecuentemente con hombres que con mujeres, pero el solo pensar en ello basta para que te mantengas con tus amigos más seguros.

O tal vez observas a una persona quien parece mantener una distancia, así que te acercas a ella y te presentas.

“Buenos días. Mi nombre es Guillermo. No creo que ya nos hayamos conocido”.

“No”.

“Bienvenido a nuestra iglesia. ¿Ya has estado aquí antes?”.

“No”.

Mmm, él parece perturbado, pero decides seguir intentado, y buscas una pregunta que pueda provocar más que un sí o un no.

“¿Eres de por aquí?”

“Sí”.

Al parecer esa pregunta tampoco funcionó.

“Bueno. . . yo solo. . . quería pasar a saludar”.

Qué incómodo, pero no permitas que esto te desanime de acercarte a él y a otros como él. Al hacer esto en el nombre de Jesús, estás haciendo algo bueno. El éxito se mide diferente en el reino de Dios. Y, quizá él continúe viniendo a la iglesia, y después de una docena de saludos, comience a confiar en ti con unos pocos detalles más.

Conocer y ser conocido, por diseño disfrutamos las conexiones humanas, y tales conexiones se forjan con el tiempo a través de interacciones normales y preguntas que gradualmente producen

más preguntas. Tales conexiones son los fundamentos para la ayuda mutua y son útiles por sí mismas, ya que son expresiones de amor.

Piensa en las mejores conversaciones que hayas tenido. Probablemente incluían dar y recibir, un marcado interés de ambos lados y hablar sobre cosas importantes. Nuestro objetivo es aprender de aquellas conversaciones y replicarlas siempre que sea posible.

A continuación, hay algunas ideas sobre cómo tener estas conversaciones profundas.

Un modelo para iniciar

Durante un primer saludo, usualmente tenemos unas pocas observaciones preparadas y preguntas de cajón:

“No creo que nos hayamos conocido. Soy José”.

“¿Has estado aquí antes?”

“¿Has vivido aquí ya por algún tiempo?”

Las conversaciones subsecuentes tienen sus líneas predefinidas también:

“Que gusto verte de nuevo. ¿Cómo has estado?”.

“Hermoso clima, ¿no crees?”.

Podemos ubicar esas preguntas en la radiografía del capítulo 1, entre los varios aros o círculos concéntricos. Estos aros identifican los eventos, circunstancias e influencias de nuestras vidas.

Hay muchas otras preguntas:

“¿Estas casado?”

“¿Tienes hijos?”

“¿Qué tipo de trabajo desempeñas?”

“¿Vas a salir de vacaciones este verano?”

“¿Qué vas a hacer en las vacaciones?”

“¿Dónde vives?”

“¿Dónde creciste?”

“¿Qué está pasando en tu vida?”

“¿Todos en tu familia están bien de salud?”

Estas son buenas preguntas, pero, como los aperitivos antes de una buena comida, no nos conviene llenarnos de ellas, porque no son personales. Las buenas conversaciones van un poco más allá.

Busca los apegos

Esperamos aprender lo que es importante para la persona con la que estamos hablando, lo cual es otra manera de decir que esperamos escuchar lo que está en su corazón. El camino hacia el interior es escuchar lo que es apreciado, lo que es amado, lo que es temido, lo que es difícil, escuchamos cómo se siente la persona. Por ejemplo, queremos saber la edad y nombres de los hijos de alguien, pero también queremos escuchar historias sobre los hijos que revelan afecto paternal, esperanzas o dolores.

¿Alguna vez has tenido una conversación inicial o una conversación muy temprana en la relación en donde la persona con quien conversabas fue fría emocionalmente durante toda la conversación?

“¿Vas a algún lado este verano?”

“Si, usualmente pasamos tiempo con la familia de mi esposo”. “¿Disfrutas tu tiempo con ellos?”

“Es bueno. Es lo que hacemos siempre”.

¿Ahora qué? Una respuesta insípida te da muy pocas opciones. No deja lugar para continuar. Así que se quedan mirándose uno al otro, o cambias el tema.

Busquemos signos de vida. Una pregunta sobre las vacaciones pudiera revelar el placer o el dolor de una reunión con la familia extendida. Una pregunta sobre la salud puede revelar gratitud o temor. Así que mantenemos nuestros oídos abiertos, buscando detalles que son importantes para alguien. Esto pudiera sonar cínico, pero no lo es. Es lo que haces naturalmente cuando estas interesado en alguien. Buscas los apegos, lo que emociona, lo que es estimado, lo que es difícil.

Queremos conocer a otros, pero no podemos conocerlos simplemente acumulando los eventos de sus vidas. Buscamos el conocimiento personal. Cuando escuchamos que la Escritura dice que Dios nos conoce (ej. Sal. 139:1), quiere decir que Él conoce nuestros placeres y dolores, amores y odios, y Él nos tiene en Su corazón. ¿Cómo hacemos esto con alguien a quien intentamos acercarnos? Haciendo preguntas que van dirigidas hacia lo que importa.

“¿Qué hiciste esta semana?” Esa pregunta obtiene información.

“¿Cómo estás?” Esta pregunta se acerca más al corazón.

Hay dos formas de utilizar el cómo. La primera es un simple saludo que no anticipa una respuesta aparte de un “Bien. ¿Y tú?”. La segunda forma es revolucionaria, y a algunas personas

jamás se las han formulado. Cuando alguien responde con un superficial “Bien”, o “¿Cómo estás tú? ”, puedes responder con, Pero ya en serio, ¿cómo estás? ¿Cómo te ha ido esta semana?”. Eso sí es más personal. Podemos incluso desempolvar esas otras preguntas que buscan solo información superficial y buscar conocimiento más profundo de esta manera:

“¿Cómo te está yendo [realmente] en el trabajo?”. Una respuesta superficial, tal como “bien”, se convierte ahora en, “Estoy preocupado por los recortes en el presupuesto y el futuro de mi puesto”.

¿Qué tal la escuela?”. Una respuesta como, “Ya casi termina”, puede seguir con, “¿Ha habido algo que has disfrutado especialmente?” o “¿Ya tienes planes para el próximo año?”.

“¿Cómo están tus hijos?”. Los hijos siempre son importantes para los padres, así que seguramente escucharás algo del corazón de la persona con esta pregunta. Y a un padre le encantará que le preguntes.

Escuchamos poniendo atención a gustos y disgustos. Escuchamos buscando sentimientos y emociones ya que revelan aspiraciones y temores. Y escuchamos poniendo atención al lugar de Dios dentro de todo esto.

La mera información puede ser aburrida. “Me desperté, comí un bagel para desayunar, me bañé, manejé al trabajo...”. Bla, bla, bla. Si la conversación amenaza con permanecer en un purgatorio informativo, pregunta rápidamente cuando haya una pausa.

“¿Y cómo estás tú?”

Nos adentramos al mundo de otra persona, caminando lado a lado. Deseamos ser movidos por las cosas que la conmueven. Y entonces, teniéndola en nuestro corazón, oramos por ella o preguntamos cómo podemos orar por ella.

Oración

Una vez que oramos con o por alguien, entramos en la historia continua de su vida, y es un honor estar allí.

Escuchamos información. Escuchamos lo que es importante para él y permitimos que eso se establezca en nuestro propio corazón. Oramos por él. Y entonces le damos seguimiento la próxima vez que lo veamos:

“He estado pensando en tu hijo. Estoy orando para que no sea vencido por el fracaso que siente en la escuela y siga hablando de eso contigo”. “He estado orando por tu relación con tu jefe y que tengas paciencia, sabiduría y confianza de que Dios está contigo. ¿Cómo te va?”

Todo eso pudiera parecer ser una ayuda muy pequeña y, en un sentido, lo es. Hasta este punto, no hemos dado horas de nuestro tiempo. Nos saludamos una vez a la semana, hacemos

unas cuantas preguntas de seguimiento la siguiente semana. No parece mucho. Pero aquellos quienes reciben incluso este mínimo cuidado de parte de alguien son bendecidos.

Conocer a otros lo suficientemente bien como para orar por ellos, eso es ayuda en su más básica y mejor forma.

Discusión y respuesta

- 1) Todos podemos crecer en realizar estas conversaciones diarias y más premeditadas. ¿Cómo esperas tú crecer? ¿Qué vas a hacer para poder crecer? ¿Qué viene a tu mente? ¿A quién vas a conocer mejor esta semana? ¿Cómo lo vas a hacer?
- 2) ¿Escucho con el propósito de conocer, o solo para responder?
- 3) ¿Con qué frecuencia tus conversaciones se quedan en la superficie?
- 4) ¿Estoy dispuesto a invertir tiempo, paciencia y presencia para conocer a alguien más allá de sus respuestas rápidas?
- 5) ¿Qué tan frecuentemente doy seguimiento a las personas por las que dije que oraría?

DIEZ

AMA RECONOCIENDO LO BUENO EN LOS DEMÁS

Como regla general, no seremos capaces de tener relaciones que progresen, en donde podamos ayudar a otras personas, a menos que veamos lo bueno en ellas y que ellos sepan que vemos cosas buenas en ellos. ¿Escucharías a alguien que te ayuda solo por obligación en lugar de por amor? ¿Escucharías a alguien a quien en realidad no le caes bien? Dios ha determinado que la ayuda toma lugar en el contexto del amor y respeto. La palabra “disfrutar” lo puede resumir, ¿disfrutas tú a la otra persona?

El apóstol Pablo hacía esto muy bien: “Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús” (1 Corintios 1:4). Así es como comienza su primera carta a los Corintios. Así es como él comienza cada carta. Lo que hace que esta carta sea única es que los destinatarios eran malos. Ellos se gloriaban en su reputación y sus contactos, ignoraban a los pobres que estaban entre ellos, eran conocidos por hacer divisiones. Sin embargo, incluso en toda su maldad y falta de respeto hacia Pablo, él podía ver al Espíritu obrando en ellos. Él podía ver lo bueno en ellos y él lo disfrutaba.

Tal actitud puede guiarnos a conversaciones más profundas:

“Permíteme contarte más sobre la gracia que he visto en ti”.

“De alguna manera permaneces con esperanza en las situaciones difíciles. ¿Cómo lo haces?”.

Se te han dado dones asombrosos, y he estado orando para que Dios te proteja y puedas continuar usándolos bien”.

Si nosotros recibiéramos palabras como estas, estaríamos dispuestos a abrirnos con quien las pronuncia, considerando que él o ella estaría entre los primeros que llamaríamos en tiempos de dificultad. Pablo nos enseña algo muy importante respecto a esto, él no permitió que lo malo opacara lo bueno. Él fue capaz de reafirmar lo bueno y animar a sus lectores en la fe. Debemos anhelar hacer lo mismo.

La meta aquí es mantener nuestros ojos abiertos para ver lo bueno en otros. Cuando vemos las cosas buenas, las disfrutamos y las señalamos. Al llegar a conocer a las personas, te vas a encontrar con muchas cosas difíciles, algunas no atractivas, pero si también ves lo bueno, vas a ver a las personas más como Dios las ve, y esa es una bendición.

Busca lo bueno

Toda la humanidad ha sido creada a la imagen de Dios (Génesis 1:27). Aun cuando el pecado ha distorsionado y manchado esa imagen, esta persiste y es la razón por la que podemos disfrutarnos unos a otros (Santiago 3:9). Toda cosa buena es un reflejo del Dios bueno. La siguiente historia es un ejemplo de lo que puede suceder cuando buscas lo bueno.

Una esposa había tenido suficiente de las mentiras de su marido, de sus comentarios lascivos de otras mujeres, borracheras y narcisismo. Ella pidió ver al pastor de la iglesia a la que asistía; y su esposo, que se burlaba de su profesión de fe, estuvo dispuesto a ir con ella.

¿Por qué vio él al pastor? Él dijo que ciertamente no iba a cambiar, pero quería “Ayudarla a ser más feliz. Yo la amo”. El pastor vio lo malo. El pecado del esposo era llamativo. Y la mayoría de las personas habrían rápidamente perdonado al pastor si él hubiera saltado y lo hubiera estrangulado. Sin embargo, el pastor caminó por un camino diferente. Vio su humanidad—algo de la reflexión de Dios en Él. Él vio cómo el hombre tenía un interés por su esposa en su sencilla disposición a venir y buscar ayuda con ella, y eso era bueno.

“Tú eres un híbrido. Eres durísimo en el exterior, pero eres más suave en lo interior de lo que permites ver. Gracias por venir”. Rápidamente, el hombre confesó al pastor a algunas de las dificultades y cosas dolorosas por las que había pasado a través de su vida.

Solo sigue avanzando en dirección al corazón. Es el almacén de nuestra vida emocional, y lo bueno proviene de ahí. Sigue buscando hasta que veas lo bueno, y lo veras.

Observa cualidades de carácter

Se entusiasta para descubrir paciencia, dominio propio, humildad, bondad, actos desinteresados, palabras de ánimo, atención, cortesía (lo cual es una forma de respeto), interés en la justicia y los marginados, trabajo duro y amor. Estas piezas de bondad divina son mejores si son identificadas, alabadas y disfrutadas. Si su aparición es en episodios breves, e incluso si están contaminadas con egoísmo u orgullo, no permitas que las características poco atractivas de la vida de alguien te cieguen a lo bueno.

Su casa es un desastre y sus amigos asumen que va a llegar tarde. Muchos la consideran frustrada y poco fiable. Pero aquellos que la conocen ven más allá. Cuando se necesita ayuda, ella está ahí y, por lo general, a tiempo. Cuando hablas con ella, está completamente atenta. Ella te escucha, anticipa a dónde vas, se conmueve por lo que dices, y va a orar por ti más que otros cinco amigos.

El amor es capaz de ver más allá del caos de una vida desordenada.

Otra evidencia de lo bueno en las personas es fácil de ver pero solo si tienes acceso a los detalles que ocurren detrás de bambalinas.

Él nunca está tan ocupado como para no ayudar. La más reciente interrupción a sus días atareados fue que manejó por dos horas para recoger un miembro varado de su iglesia. Al relatar el viaje a un amigo, estaba claro que él había disfrutado cada momento, aun cuando se había quedado fuera bastante tarde la noche anterior. Este acto fue bien reconocido debido a que el amigo con quien compartía la historia se tomó el tiempo para preguntar por unos pocos detalles más.

Date cuenta de los dones y talentos

Todos tienen puntos fuertes, y estas fortalezas son buenas. Pueden ser usadas egoístamente, pero también son dones de Dios que se manifiestan al servirnos los unos a los otros.

Probablemente puedas identificar los dones de tus amigos bastante rápido, incluyendo sus fortalezas en organización, administración, música, enseñanza, paternidad, matemáticas, lectura, mecánica, estética y decoración, planeación, tecnología de la computación, electrónica, construcción, empatía y deportes. Aquí hay un ejemplo:

Ella era una adolescente típica: perforación, tatuajes, expresión desdenosa y un compromiso con parecer desinteresada en la iglesia. Ningún adulto tenía contacto con ella.

A los niños en la iglesia les gustaba correr entre las bancas después del servicio. Un domingo una niña de dos años, que normalmente era parte de ese grupo, se desvió y se fue a los escalones. La pequeña niña podía bajar los escalones, pero la adolescente con tatuajes no estaba segura de eso, así que ella rápidamente la siguió para asegurarse de que estuviera bien, la siguió de cerca mientras bajaba, y entonces la acompañó de regreso al salón principal.

Un padre observó esto y fue hacia la adolescente, diciendo, “Muchas gracias por cuidar de esta pequeña. Eres muy amable. Pero debes tener cuidado. Pronto todos los demás niños te van a querer tener como su hermana mayor”.

Desde ese momento en adelante, se podía ver como la adolescente se iluminaba y relajaba cuando ese padre se acercaba a saludarla.

Solo sigue buscando. Encontrarás algo bueno.

Un joven autista podía recordar muchos nombres de personas, fechas de cumpleaños y antiguas conversaciones. Al saludarlo, quizás pensarías que él no te podía reconocer, porque siempre desviaba la mirada. Poco sabrías que has encontrado un lugar en su corazón y que él va a recordar los detalles de tus conversaciones la próxima vez que te vea.

La iglesia es el lugar ideal para ver los talentos y los dones de otros, ya que la mayoría de los dones emergen en el contexto de servir a las personas.

Date cuenta de los gustos y preferencias, incluso los pasatiempos

Si bien las cualidades de carácter e incluso los dones natos pueden pasar desapercibidos para aquellos que los poseen, son los gustos y las preferencias lo que otros conscientemente disfrutan.

Escucha qué es lo que los emociona. Cuando escuchamos a las personas hablar entusiasmados sobre algo bueno, comprendemos cuáles son sus gustos y podemos encontrarnos a nosotros mismos disfrutando con ellos.

¿Y si ellos disfrutaban algo que nosotros encontramos poco interesante? Por respeto, creemos que ellos disfrutaban algo por una buena razón, así que hacemos unas pocas preguntas más.

“¿Por qué te gusta tanto ver el baseball?”

Es cierto, en ocasiones nos gusta algo sin poder explicar por qué. Pero si preguntamos, pudiéramos comprender algo más.

Conocí a alguien que tenía una preferencia, casi obsesiva, por la Pepsi de dieta y siempre parecía un poco enfadado si yo tomaba algo diferente cuando había Pepsi de dieta. Por años lo atribuí a una excentricidad, hasta que le pregunté por qué la Pepsi de Dieta le parecía tan importante.

“Mi hermano mayor, que murió cuando yo tenía ocho años, tomaba Pepsi de dieta”.

Esa es una preferencia admirable.

Con el baseball, pudieras escuchar algo similar:

“Disfruto verlo con mis amigos”.

“Disfruto las estadísticas y las amistades al pertenecer a una liga virtual”.

“Cuando era niño lo veía con mi papá, y me hace sentir como que aún tengo una conexión con él”.

Ahora sí que estamos avanzando. La importancia de los deportes puede ser debida a las relaciones con los demás, o la admiración de las habilidades físicas, o el aprecio de las estrategias. Cuando sigues los intereses y placeres de otros, incluso pudieras comenzar a disfrutar lo que ellos disfrutaban, o al menos las razones de por qué lo disfrutaban.

Date cuenta de la vitalidad espiritual

Por más agradable que sea todo lo anterior, las expresiones más directas de la fe en Cristo Jesús son aún más agradables.

Una amiga te pide que ores por ella.

Una persona te cuenta una historia en la que el tema principal fue como se volvió a Jesús en medio de una gran debilidad.

Alguien te confiesa su lucha con el enojo y te pide ayuda.

Un cónyuge dice, “La Escritura me fortaleció grandemente esta mañana. ¿Te puedo contar lo que leí?”.

Inmediatamente, al terminar el servicio de la iglesia, una amiga te saluda y menciona formas específicas en las que fue animada y confrontada por la predicación esa mañana, y pide que compartas con ella tu opinión como una forma de aprender aún más.

Un amigo me contó sobre su predicación favorita. Duraba 10 minutos y me lo relató palabra por palabra. El resultado fue un regalo doble. Él disfrutó al recordarlo y yo quedé atónito. Al siguiente día le envié esta nota: “Muchas gracias por la predicación. Ahora está entre mis favoritas, y te voy a citar cuando lo traslade a alguien más”.

Todos nosotros podemos ver las cosas buenas en nuestros amigos. La Escritura, sin embargo, nos autoriza a ver lo bueno y disfrutarlo en todas las personas, incluso cuando la mayoría de nosotros no somos siempre tan buenos. Esto va a animar a otros, incrementar nuestro afecto por ellos y hacer mucho más fácil el hablar de cosas que son difíciles.

Discusión y respuesta

- 1) ¿Tienes la costumbre de ver lo bueno en las personas, incluso cuando también ves fallas? ¿Qué te cuesta más: ver lo bueno o expresarlo?
- 2) Piensa en alguien con quien te cuesta relacionarte. ¿Qué aspecto de su carácter, dones o historia podrías comenzar a reconocer como algo bueno y digno de afirmarse con amor?
- 3) ¿Has reconocido las buenas cualidades de alguien en tu vida, pero no les has dicho lo que ves? ¿Qué pudieras decir?
- 4) ¿En qué manera puedes reflejar más el amor de Jesús al acercarte a las personas con una mirada que ve la gracia antes que el juicio?